

La Esfera



Año II * Núm. 65

Precio: 50 cents.





*—Qué brisa tan perfumada se respira esta tarde!
Parece como si se hubiera extendido por el campo
la espuma del Jabón **Heno de Pravia.***

La Esfera

Año II.—Núm. 65

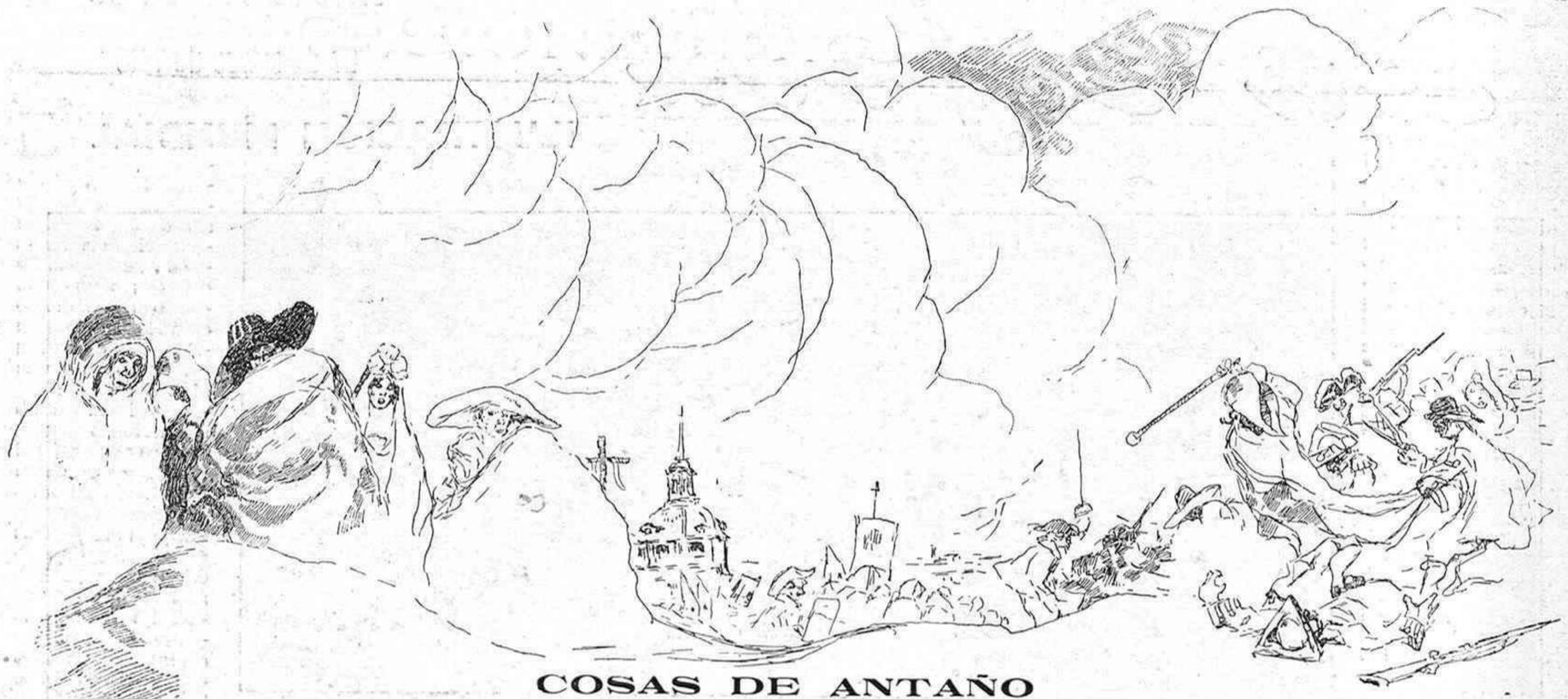
27 de Marzo de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES
Escultura del inmortal artista Salzillo, que se conserva en Murcia

FOT. NICOLÁS



COSAS DE ANTAÑO

Aquel Domingo de Ramos...

ERANSE aquellos no muy lejanos tiempos en que España tuvo un Monarca benemérito y amante del pueblo, y unos políticos tan rapaces y amigos del medro personal á costa del Estado, como acontece ser en toda edad, aquesta polilla que vive y se regodea á la margen de la nación.

El Soberano fué el tercero miembro de la dinastía borbónica, vino de Nápoles á regir los embrollados destinos de Iberia.

Trajo consigo entre los magnates de su lucida cohorte á un señor don Leopoldo de Gregorio, que por título nobiliario ostentaba el de marqués de Esquilache; título que el pueblo de entonces pronunciaba con encono, y el de ahora no, sino con mucho respeto y frases de alabanza.

Diz que tras el escudo de su marquesado escondía el prócer un origen harto humilde, y en sus maneras, poco distinguidas y en sus miras sórdidas y nada escrupulosas, descubría harto más de lo que le estaba bien, la hilaza de su origen.

Las carteras de Guerra y Hacienda estaban á su cargo.

La influencia que con el Rey Carlos tenía era poderosa, y ciertamente que supo aprovecharse muy bien della, pues por mucho tiempo más pareció S. E. el verdadero Monarca, pues hacía de la nación entera como decirse suele, mangas y capirotas; fué muy amante de su familia y paisanos, hasta el punto de haber nombrado á uno de sus hijos, mozo de pocos años, administrador de la aduana de Cádiz.

En la memoria de todos está el traslado que deste aprovechado ministro hubimos, hasta habrá poco en un famoso político ya difunto. ¡Qué buenas migas (tengo para mí) que han de haber hecho cuando háyanse topado en la eterna vida!...

Pues aconteció que á nuestro buen hombre (que era muy amigo de reformas y novedades), ocurriósele un día que la indumentaria del pueblo era poco airosa, y un tanto celestina de bellacos por la mucha amplitud de las capas y exagerada falda de los sombreros, y así decidió transtocarla de golpe y porrazo por lo que entonces se llamaba moda militar, que era sombrero de tres picos y capa corta.

No cayó mal la prohibición en el ánimo del Monarca, poco afecto á las costumbres de España, acaso por el mucho tiempo que había vivido fuera della, y así comenzó á usarse como por vía de ensayo en las gentes allegadas al real servicio y en los empleados, haciéndose muy luego extensiva á los dependientes de los cinco gremios mayores, so pena de la pérdida de sus destinos y de la indignación de Su Majestad.

El 10 de Marzo del año de gracia de 1766, de-

cretóse la ley para el pueblo, amenazando á los desobedientes con el castigo de cárcel y multa.

Aquella misma noche fueron arrancados todos los bandos de las esquinas y Madrid entero, como un solo hombre, dispúsose á dar un disgusto al meticoloso ministro.

No dióse el tal por convencido de la actitud de los madrileños en el desacato de destruir los pasquines, sino que se ensoberbeció y quiso que por la fuerza cumpliérase la premática, y en la mañana siguiente varios alcaldes de corte recorrieran la calle con patrullas de alguaciles y corchetes, en las que iban un sombrerero y un sastre, los cuales recortaban cuantas indumentarias encontraban, al uso nuevo.

Muchos no aveníanse pacíficamente con la tiranía de la moda, y echando al aire las espadas, en cada esquina armaban una pendencia, que auguraba que el negocio del marqués había de parar en borrascosa tormenta.

En esta manera transcurrieron los días hasta el Domingo de Ramos, que aquel año correspondió al 23 de Marzo.

En todo este espacio el pueblo, dirigido por ocultas y poderosas manos, preparó su venganza contra Esquilache, y tan en secreto se llevó, que ni por un instante pudo recelar Su Excelencia que tan acerbamente pudiérase mostrar tornadiza la suerte.

La víspera de la florecida fiesta que conmemora la triunfante entrada de Nuestro Señor en Jerusalén, diz que había muy grande animación y algaraba en todas las tabernas y bodegones de Madrid, desde los bajos barrios de Lavapiés hasta los altos de Barquillo, Maravillas y Leganitos, y que en los tales templos de Baco hacíase copiosamente la devoción, sin que mano alguna tuviera que contar con la faltriquera para acudir al regalo de los gznates, que ya de antes estaba satisfecho todo gasto con extremada largueza...

Poco había que cinco graves campanadas midieran la tarde de aquel dicho Domingo de Ramos, cuando en la plaza de Antón Martín y junto al cuartel de inválidos aparecieron dos hombres calando anchos sombreros y embozados en larguísimas capas que casi tocaban al suelo.

Durante un buen espacio estuvieron paseándose provocativamente ante el vetusto y hospitalario cuartel.

Un viejo veterano, entendiendo cómo era aquello bravucona descortesía, alzose del banco en que gustaba de la placidez de la tarde y llegándose á los desobedientes les dijo:

—Paisanos, ¿por acaso son ustedes forasteros ó no saben leer?

Respondieron los preguntados que no eran sino de Madrid y que leían aun en latín.

—Pues entonces—continuó el viejo militar—

¿cómo no cumplen ustedes lo que se ordena en el mando?

A que replicó el uno:

—Porque no nos da la gana.

Trató el soldado de prenderles, mas zafáronse entrambos y tirando de las espadas comenzaron el preludio del memorable motín.

Un agudo silbido, fué *sésamo* que hizo desembocar en la plaza por las distintas calles afluentes, compactas masas de gente levantisca y nada tranquilizadora.

Amohínase la guardia del cuartel y replegándose, dejó el campo libre á los alborotadores, quienes echaron calle de Atocha arriba gritando ¡Viva el Rey! ¡Viva España! ¡Muera Esquilache! y obligando á despuntar los sombreros á cuantos encontraban con ellos según el gusto de Su Excelencia.

En la noche hubo luminaria en la Plaza Mayor para condenar á hoguera, en efigie, al marqués modisto.

Mas toda esta fiesta de aquel Domingo de Ramos, con parecer ya harto, pues que el pueblo andubo á todo su talante y satisfacción por la Villa, no fué más que el carraspeo de una tos, si se compara con los siguientes días hasta el Miércoles Santo. La avalancha de odio y rencor contra el favorito, hechura exacta de aquellos otros que fueron en el siglo anterior el duque de Lerma y el conde duque de Olivares, crecía como la espuma, y no pudiendo hacer en su daño otra cosa que desalojarle la casa, matáronle un criado y sacrificaron bárbaramente á dos soldados del regimiento de Guardias Walonas.

Tanto susto tomó el gobierno y aún el mismo Monarca, que consintieron cobardemente los excesos del populacho, y llegado que fué el momento de dar la cara, dióla Su Majestad desde el Real Sitio de Aranjuez donde habíase refugiado huyendo de la guerra, y concedió cuanto pedía la Villa matritense, siendo uno de los primeros capítulos que cumplió, el de desterrar al impopular ministro, que dicho sea de paso, no fué mejor ni peor que sus antecesores ni que los de nuestros días.

Asunto será de otra crónica, la continuación deste famoso motín, que con tanto ahinco promoviera el *Cuerpo de alborotados matritenses*, como ellos se decían en los contrapasquines y minutas que cruzaban con el Rey y el Consejo de Estado, hoy no me está bien, ni tengo espacio bastante para traer á cuento más del recuerdo de aquel Domingo de Ramos, que en tal año de 1766, cayó á los ventitrés días del ventoso mes de Marzo, hijo predilecto de las cumbres, y repartidor fecundo de trancazos y pulmonías.

Así, lector, espérame pronto otro recuerdo destes ó la continuación deste hasta su final; entre tanto Dios te guarde.

DIBUJO DE MARÍN

DIEGO SAN JOSÉ



CRISTO MUERTO EN BRAZOS DE LA VIRGEN

Cuadro de Rubens, que se conserva en el Museo del Prado

Este lienzo, que proviene, como tantos otros que enriquecen nuestra magnífica Pinacoteca Nacional, del Monasterio del Escorial, pertenece a la última época del gran maestro flamenco. No hay en él aquella pomposa exuberancia de color, aquel pagano desbordamiento de luminosidad en que se adivinaba el íntimo gozo que le causaba al artista su profundo arte. Como si la trágica escuela que representa impusiera la técnica, es sobrio, un poco apagado de tonalidades y de un sentimiento patético en las actitudes, no muy usual en Rubens. Sólo la cabeza de la Magdalena,

inclinada para besar la mano izquierda de Jesús, recuerda las mujeres que sirvieron de modelo a tantos lienzos paganos admirables. En cambio los rostros de la Virgen y de San Juan son bien distintos a los de los lienzos de la primera época. Y, sobre todo, el desnudo del Salvador, donde volvemos a encontrar aquella obsesión anatómica que despertara en el gran artista flamenco la contemplación de las obras de Miguel Ángel, y a la que no pudo sustraerse casi ninguno de los pintores y escultores de la época.

PROCESIONES DESAPARECIDAS

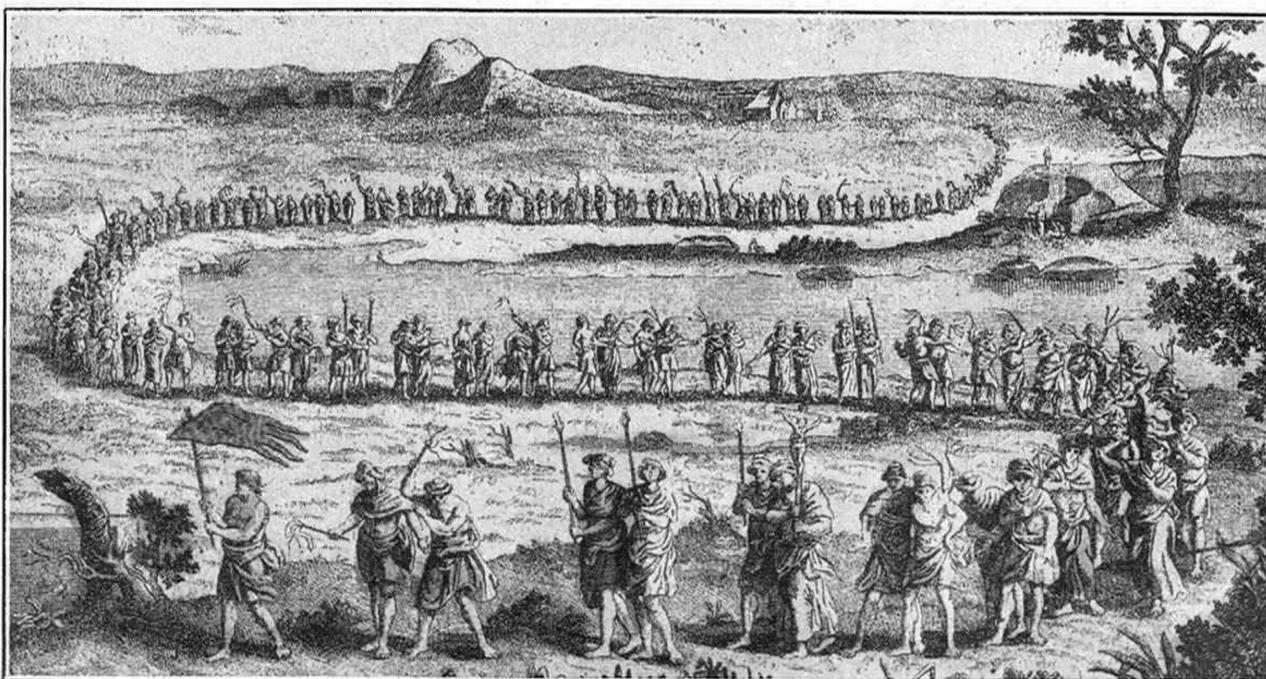
Es ridículo repetir, por saberse demasiado que el Cristianismo en sus comienzos hubo de aceptar, si bien modificándolas, y á veces, mejorándolas estéticamente y moralmente, muchas prácticas de anteriores religiones.

De éstas, era la de asistir los primeros cristianos á las procesiones, descalzos y desnudos, de pies, entonando cánticos, para obtener el perdón de sus pecados; desnudez que luego se agrandó. Así en el siglo VII Heraclius siguió las procesiones desnudo de pies y descubierta la cabeza; igual que Carlomagno, en el VIII. En París, en 1224, la Reina, para impetrar del Cielo el triunfo de las armas de su esposo Luis VIII, en guerra con los ingleses, hizo celebrar una procesión en la que los vecinos y los forasteros, aunque fuesen de otras naciones, figuraron descalzos y en camisa. Antes de partir para las Cruzadas y para Palestina, por orden de San Luis, é igualmente en Lieja, en 1241 y en París, en 1315, hubo muchas procesiones, en que todos, con excepción de las mujeres, iban como antes se dijo.

A mediados del siglo XVI, aparece la primera procesión de flagelantes. De dos en dos, precedidos de cruces y estandartes, con sus capellanes al frente, salmodiando himnos y prosas rimadas, iban de ciudad en pueblo y de una aldea á otra, los penitentes, doncellas y mozos, niños y viejos, desnudos hasta la cintura aun en los fríos más crudos, cubierta la cabeza con un capuchón que les ocultaba su rostro, tan pronto golpeándose á sí mismos como golpeando al vecino con látigos y correas de cuero, hasta hacerse saltar sangre, en expiación de sus pecados. Su exaltación mística llegaba hasta el paroxismo, y gemidos, gritos y lágrimas conmovían y emocionaban hondamente á los que presenciaban tales penitencias.

Más tarde, en las procesiones francesas del Norte y del Este, las correas de cuero fueron reemplazadas por terribles disciplinas armadas con afiladas puntas de hierro.

Había la *penitencia común* en la que hombres y mujeres, cubierta la cabeza y el rostro, y desnudos de hombros, cambiaban entre sí una lluvia de azotes. También había la penitencia individual, donde cada uno recibía de mano del *general de la devoción*, un número de golpes, mayor ó menor, según la naturaleza del pecado que se quería expiar. Tendíanse todos en tierra y en posición conforme al pecado cometido: el borracho, fingiendo beber; el avaro, ocultar un tesoro; el perjuro, levantando tres dedos de la mano... El jefe de la hermandad distribuía los disciplinazos entre los pecados que acusaba la pantomima del paciente. Cuando la gran peste negra de 1343, se contó 800.000 flagelantes, entre los cuales figuraban numerosos gentiles hombres y nobles damas que aban-



UNA PROCESIÓN DE DISCIPLINANTES
(De una estampa del siglo XVIII)

donaban sus familias y sus castillos para alistarse en aquellas cofradías, y en 1349 estos tormentos expiatorios, tales martirios voluntarios, se extienden por Italia, Alemania, Flandes, Lorena, con ocasión de otra peste que había desolado una gran parte de Europa. Estos nuevos flagelantes se habían impuesto por regla no dirigir la palabra á una mujer, no dormir en lecho, ni detenerse más de una noche en cada parroquia.

Felipe de Valois, después de oír la opinión de los teólogos de la Universidad de París, no quiso permitir la entrada en Francia á aquellos penitentes, que empezaron á ser mirados como herejes, y á los cuales dió el golpe de gracia Clemente VI con su Bula *Inter sollicitudines*.

Con este motivo, la flagelación se oculta en los conventos; pero vuelve á salir por obra del rey Enrique III y desafiar la moral de las costumbres, después de haber presenciado en Avignon la procesión llamada *des battus* ó de los penitentes, y que desde tiempo inmemorial se celebraba. Como si un viento de locura hubiera trastornado las testas coronadas, se ve, no sólo á Enrique III, pero también á Catalina de Médicis y al propio Rey de Navarra, el Impío, solicitar su admisión en la orden de los *battus*; el monarca francés no conforme con esto instituye en París una cofradía análoga, bajo el título de *Congregación de los penitentes de la Anunciación de Nuestra Señora*. El hábito de los congregan-

tes consistía en un largo saco de tela de Holanda, con un capuchón puntiagudo, que les cubría toda la cabeza, y sin otra abertura que dos agujeros para los ojos. Como el Rey, con altos personajes del reino, siguiese esta procesión, á pesar de llover copiosamente, la malicia inventó este epigrama:

De se couvrir d'un sac mouillé,
Après avoir pillé la France,
Et tout son peuple despoillé,
Est-ce pas belle penitence?

Los predicadores desde los púlpitos, atacaron en vano los excesos que se cometían por culpa del perverso ejemplo del monarca. El cura de Saint-Pierre-des-Arcis, que predicaba la Cuaresma en Notre Dame, en Marzo de 1585, condenó violentamente aquellas mascaradas, y á los que tomaban parte en ellas, los cuales comían en viernes el *gras chapon* y el *peit tendron*.

Súpolic el Rey y lo castigó con reclusión en una Abadía de Melun, según dijo al celoso cura el mensajero real: *Porque el señor, nuestro dueño, me ha dicho que haceis reír á las gentes con vuestro sermón, lo cual no está bien*. Sin turbarse contestó enseguida el buen pastor: *Decidle que no he hecho reír yo tanto en mi vida como él ha hecho llorar*.

Otro predicador del Rey, trino también en público contra los desbordamientos licenciosos de su soberano. Enrique III no encontró nada mejor que enviarle 400 escudos para comprar *azúcar y miel*, lo cual no impidió á aquel ejemplar varón ser luego uno de los más fanáticos ligueros.

Estas y otras predicaciones surtieron tal efecto, que en las propias cocinas del Louvre se censuraba y se escarnecía á los penitentes de la Anunciación en defensa de los cuales, y para tapar bocas, Enrique mandó azotar 80, entre pajes y lacayos, para hacerles entrar en razón.

En 1589, según el *Journal* de Pierre de l'Estoile, se celebraron bellas y devotas procesiones cuaresmales á las que asistió gran número de penitentes de distinto sexo, despojados muchos de sus vestiduras, *tellement qu'on ne vit jamais si belle chose, Dieu merci*, dice el ingenioso cronista, de buena fe.

En estas procesiones el caballero d'Aumale que era de los entusiastas, sin temor á Dios ni respeto al sexo débil, se divertía arrojando por medio de una cerbatana, grajeas que hacían el efecto de perdigonadas sobre las epidermis descubiertas, con grandes ayes de las víctimas de la agresión y grave escándalo de los que iban de buena fe.

Para concluir mencionaremos entre las procesiones curiosas desaparecidas, por fortuna, gracias al celo eclesiástico, las de los Anabaptistas y los Adamitas en los Países Bajos y la del Gigante Goliath en Amberes, que motivaron severísimas amonestaciones y prohibiciones de la Iglesia.



LOS DISCIPLINANTES
Cuadro de Goya, que se conserva en la Real Academia de San Fernando

E. GONZÁLEZ FIOLE

tu madre se complace en cultivar, y que á su vez nos profesan muchos cristianos, será nuestra perdición. No: lo ha sido ya. Por obra de ese odio feroz, vagamos sin patria y aislados como leprosos, donde quiera que nos lleva el destino. Tu madre me aflige, me envenena el pan, con la maldición incesante colgada de los labios. Lejos de condenar á los cristianos, ya que entre ellos vivimos, debemos hacer lo posible para unirnos á ellos, para hermanar nuestras almas. Oye un secreto, hija—articuló bajando la voz, aun cuando el arriero, con la reata de mulas cargadas de fardos, caminaba muy adelante.—Esos odios son propios de gente baja. Nuestro Rabino piensa como yo, aunque no lo dice, por temor á que lo apedreen. ¿, jesto importa mucho, Séfora! Atiende un consejo que voy á darte: ¡Guárdate de tu madre! ¡Es capaz... quién sabe de qué! Yo estaré de vuelta el sábado próximo.

La ausencia del padre coincidía con la Semana Santa. Raquel, que evitaba las fiestas de los cristianos, todos los días, desde la mañana salía á vigilar algunos trabajos agrícolas en una granja que poseían allí cerca. Séfora quedaba al cuidado de la casa, con orden expresa de no abandonarla un momento. Y la niña obedeció, hasta el Miércoles Santo, en que un deseo impetuoso agitó su espíritu, como agita el viento las parvas en la era.

Quería asistir á las ceremonias religiosas en honor de Rabí Jesús. Quería saber cómo era su culto, cómo narraban en el templo su historia, su martirio. Y fué á pedir á su amiga, la panadera, ropa humilde de cristiana.

Vistióse la doncella israelita en casa de su amiga, y ambas penetraron en la iglesia conventual, colocándose al pie del presbiterio. Iban á comenzar los oficios.

Séfora, fascinada, miraba el retablo, recientemente colocado, resplandeciente, con sus dorados nuevos, flamígeros, y sus frescas pinturas, obra de lo que hoy llamamos un primitivo—pues esta historia es contemporánea del arte que enseñaron los Van Eyck—. Allí estaba, en las tablas primorosas, Rabí Jesús, en todas las escenas de su vida terrenal: en brazos de su madre, en la gloria de las Palmas, en la senda de la Cruz, y la oferta del patíbulo, y por último, dulce y pensativo, triunfador, con el cabello partido en bucles, los ojos abismales, y entre dos dedos de la alzada, bendicidora mano, la blanca Hostia...

El relato de la Pasión empezaba. Era la traición de Judas, las palabras de Isaías: «Decid á la hija de Sión que su Salvador viene... Y la ruína de Jerusalén, y el relato de la celebración de la Pascua, y la oferta del Cuerpo y de la Sangre, y luego, la hora de agonía en el Huerto, y el Prendimiento sellado con el beso de traición, y los azotes, y el escarnio, Séfora, extática, bebía el amargor celeste del drama, antes para ella ignoto. Ansiosamente, suplicó á su amiga que, por la tarde, volviesen al Oficio de Tinieblas.

Y como lo hubiese obtenido, los Salmos cayeron sobre su alma, los Salmos que ya conocía, pero cuyo sentido creía ahora entender por primera vez. Las lamentaciones y trenos arran-

caron de sus ojos lágrimas puras. Medio desvanecida de emoción, tuvo su amiga que sacarla de la iglesia, vestirla otra vez y acompañarla hasta su casa.

En el zaguán esperaba á Séfora la sierva de su madre, la vieja Sara, alborotada, haciendo aspavientos.

—¿Dónde eras ida, hija Séfora? Te busqué por todas partes, cordera mía. ¿Y qué diré á Raquel cuando me pregunte?

Séfora hizo un gesto de indiferencia, entró y fué derecha al balcón; necesitaba aire. La noche había caído, las flores olían á miel. El malvís, al primer resplandor de la saliente luna, empezó á gorjear. El corazón de Séfora se colmaba, como un cuenco donde el vino aromado de las granadas rebosa. Toda la plenitud de la savia primaveral hinchaba sus venas, y cada trino del pájaro aumentaba su ideal delirio. Sentía que amaba; que el amor, por fin, la vencía deliciosamente. Y fué necesario que Sara la llamase á

to, víctima de los odios—respondió el israelita sencillamente.

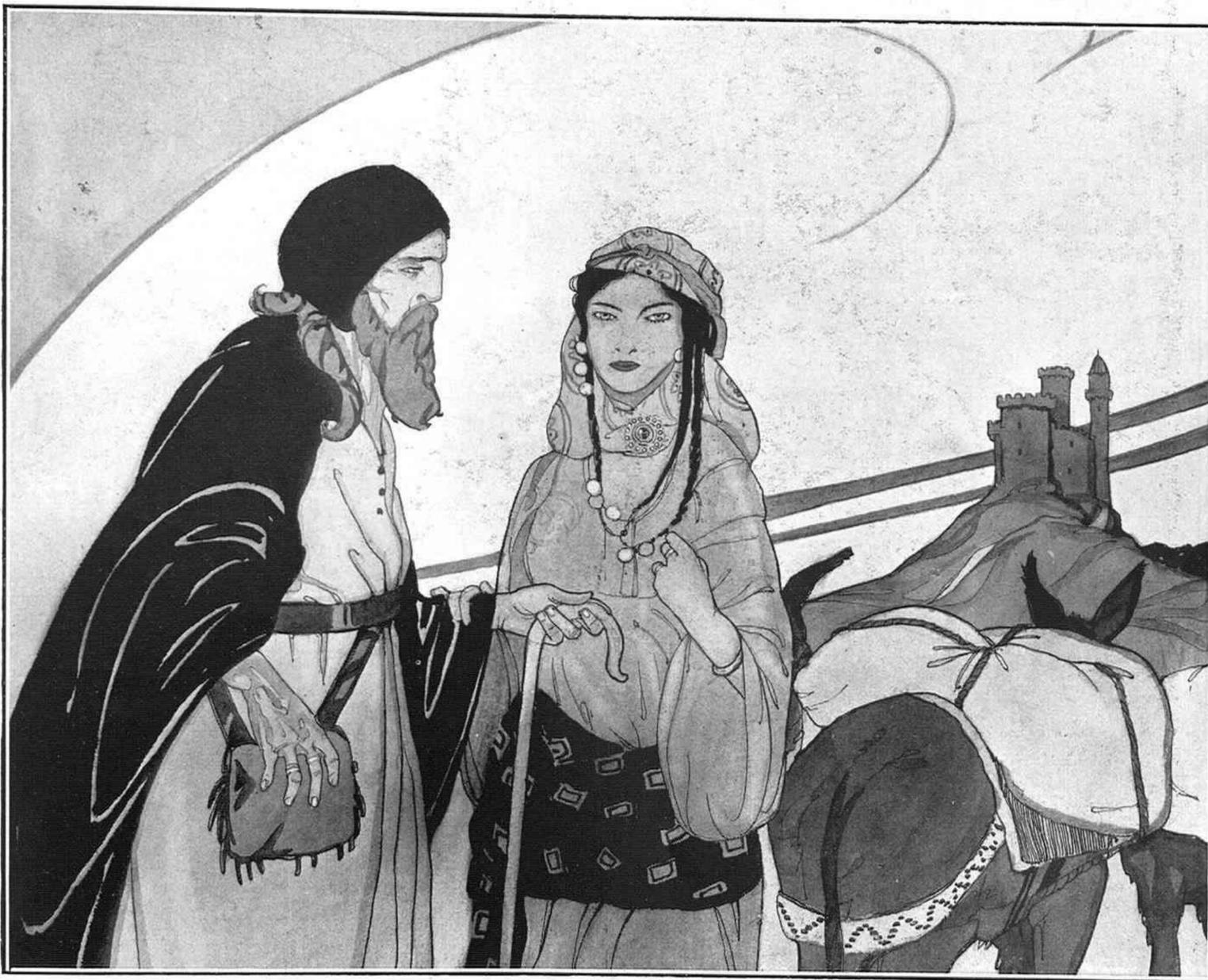
—Muchas vírgenes—contestó ella—se reúnen para amarle en solitarios monasterios, cerrados á las miradas profanas. ¡Así lo haré yo!

—¡Reflexiónalo, Séfora! Sobre todo, que tu madre no lo sospeche.

—No me importa. Siento un valor, una fuerza terrible que me impulsa. Yo misma se lo confesaré.

No hubo que confesarlo. La noticia de la «conversión» se había esparcido por el pueblo. Al llegar á su casa, el rostro lívido de la madre hizo comprender á la hija que Sara, indiscreta, había hablado. Raquel, sin embargo, no abrió la boca. Con manos trémulas, lavó los pies á su marido y los enjugó, desciñéndose la toalla ceñida al talle. Después le sirvió la cena. Hacía un lunar argentado y el aire traía por el abierto balcón auras de flor de saúco y brezo. Séfora se asomó.

Cantaba dulcemente el malvís, y la niña pensa-



gritos para que se apartase de aquel alto balcón, que tan lejos estaba de la tierra y tan próximo al cielo bañado de opalina luz...

La mañana del Sábado de Gloria volvió Séfora á la encrucijada á esperar á su padre. Cuando le vió asomar, apoyado en su báculo, al modo de los antiguos patriarcas, se echó á su cuello y declaró con ardiente voz que suplicaba:

—Padre, tengo que confesarte lo que sucede. Perdóname, no lo he sabido remediar. He ido al templo de los cristianos en estos días, y he visto el retrato de Rabí Jesús. ¡Tiene tu misma cara! Es más joven, pero semejanza mayor no cabe.

Callaba el negociante, sorprendido, hasta que al fin prorrumpió:

—Hija mía, no extrañes eso. Rabí Jesús descendió directamente del Rey David, y yo... yo, pobre traficante..., lo mismo. Por eso los varones de nuestra familia se han llamado siempre David. De nuestra casta esperamos que nazca el Mesías prometido.

—Pues bien, padre, has de saber que amo á Rabí Jesús...

—¡Pobreniña! Hace siglos que el Rabí ha muer-

ba en la felicidad de amar siempre, siempre á Rabí Jesús entre las paredes blancas del retiro, después de recibir en la frente el agua jordánica, que redime... Le amaría cada vez más. Le amaría por su cruz, por sus clavos, por la cárdena brecha de su costado, por las espinas desgarradoras de su blanca frente... Moriría amándole y luego subiría hasta besar sus pies taladrados, llevando la mirra de su amor en un cáliz, como una ofrenda... Y se reclinaba, escuchando al pájaro misterioso...

Un vértigo nubló de improviso los ojos de la soñadora. Sintió como si en su cabeza entrase una enorme tromba de aire que la asfixiaba. Aún oyó, en aquel supremo trance, el último y romántico arpegio del ruiseñor del Sil... Luego, nada: su cuerpo rebotó sobre los guijarros de la calle.

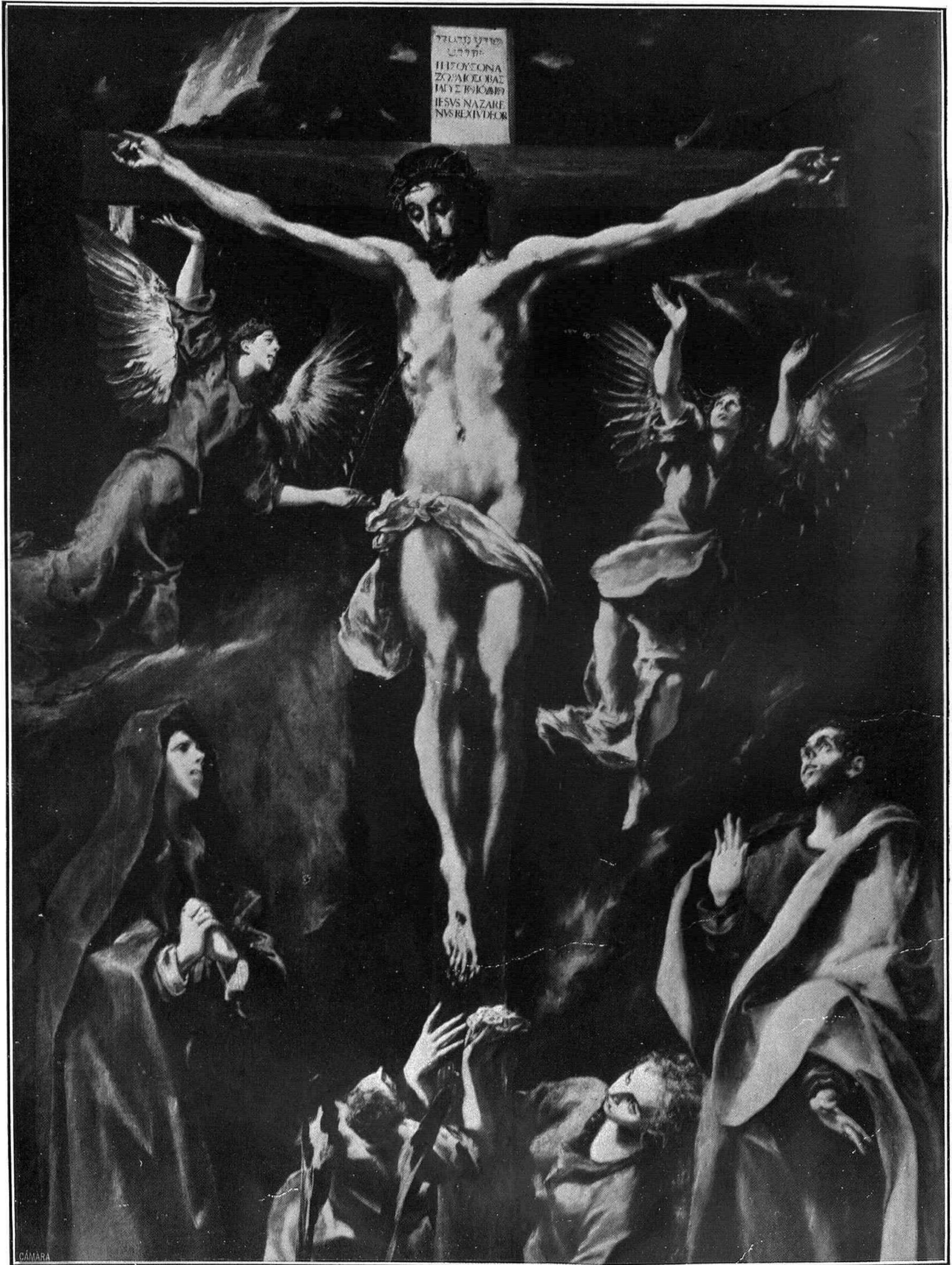
Y la tradición asegura que baranda y balaustres habían sido aserrados por la mano implacable del mismo odio que crucificó á Rabí Jesús.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS

LA ESFERA

LAS JOYAS DE LA PINTURA



LA CRUCIFIXIÓN

Cuadro de Greco, que se conserva en el Museo del Prado

VIA DOLOROSA

POEMA DE SANTIDAD

ESTABA El sobre un monte, al pie de una ciudad, enclavado en una cruz...

Era en la agonía del sol...
Y el cielo estaba rojo por la sangre del sol, y la tierra estaba roja por la sangre de Cristo...

Y había un gran silencio en la tarde...

Y en aquella hora en que todo estaba consumado...

En aquella hora en que todo debía ser sublime...

Hasta la crueldad de los verdugos...
Hasta el propio dolor...

Cristo añoraba los días tranquilos de los primeros años de su existencia...

Cuando aún no sabía nada...
No presentía nada...

Cuando ignoraba que existiesen otros horizontes más allá del horizonte de su aldea, fuera de las cumbres del Carmelo, de Safed, de Sulem, y del Tabor, y de las elevadas llanuras de la Perea, y el lejano valle del Jordán...

Que existiesen otros pueblos lejos del pequeño Nazareth.

Y otros hombres más doctos que los *hazzans* que leían los libros sagrados en las sinagogas, y los rabinos que hablaban de los viejos Profetas que predijeran al Mesías.

Que hablaban de Abraham, de Moisés, y recitaban con exaltado lirismo los salmos del rey David, y contaban la historia de Josef, el adivinador de sueños...

Cristo añoraba sus juegos infantiles.

Y aquellas tardes en que su padre le llevaba en un largo paseo por la montaña, hasta una eminencia que dominaba el paisaje de amplios horizontes, y permitía a la mirada perderse en el golfo de Khaifa y en las llanuras del Esdrelón.

Y le hablaba de Hillel...

De aquel varón dulce y justo que el Patriarca había visto en su juventud, y cuya palabra sabía y redentora había oído en sus viajes a Galilea.

Hillel, humilde y abnegado, que predicaba el amor; la mansedumbre y la igualdad...

Y el desprecio de las riquezas vanas...

Y refería la historia de Job.

Y decía: «¿De qué sirven las riquezas y la soberbia?...

»Todos somos hermanos...

»Todos somos iguales en la vida...

»Y después de la vida...

»Y aquellos que crean tener más derechos, por estar mejor dotados...

»Que no piensen en los que sean menos que ellos...

»Sino en los que sean más...

»Y hallarán en sus comparaciones una compensación...

»Sed piadosos, sed humildes, sabed perdonar...»

Todo esto había dicho Hillel, y muchos otros proverbios y aforismos.

Y Cristo recordaba la voz de su padre repitiéndoselas, cuando le hablaba de la ingratitud de los hombres, del poderío de los gentiles, de la hipocresía y la vanidad...

Añoraba Jesús aquellas noches serenas de su hogar, en el regazo de su madre, que le hablaba de la luna y de las estrellas, y le refería cuentos de caravana...

Todas las bellas historias que traían del Oriente los nómadas...

Recordaba la voz de su madre cuando cantaba las canciones lejanas que había aprendido en su niñez y que pasaban siempre, frescas y nuevas, de generación en generación...

Recordaba aquellas dulces manos que se complacían en hacer trenzas de sus largos cabellos...

Y aquellos ojos que estaban siempre sobre sus propios ojos, como una caricia incesante...



Cabeza del Santo Cristo del Amor, escultura de Montañés, que se conserva en la iglesia de San Pedro, de Sevilla

Y aquellos labios que habían dejado los más tiernos besos y habían despertado los más puros pensamientos en su frente...

Cristo traslucía estos recuerdos en palabras débiles, como gemidos.

Palabras de tristeza infinita...

De amargura...

Y así, toda su vida pasada, su adolescencia llena de presentimientos, revelaciones e inquietudes...

Su juventud ávida de las más arduas empresas...

Su infinito amor por los humanos, y su inquebrantable fe en una misión divina...

La realización de su apostolado...

La abnegación de sus discípulos y el tierno amor de su pequeño Juan.

La predicación de su doctrina...

Las pruebas cruentísimas que había sufrido su espíritu...

El triunfo de la tentación...

Y, por último, todos los episodios de su Pasión hasta el Calvario.

¡Oh, *Vía Dolorosa!*...

¡*Vía-Crucis!*...

¡*Consumatum est!*...

Y Cristo, al recuerdo de su existencia perdida, lloraba las últimas gotas de su sangre, derramada para purificar al Hombre...

Para salvar a la Humanidad...

Su mirada volaba por el espacio hasta perderse en los lejanos horizontes del porvenir...

Y la voz de la Tentación cantaba aún, pérfidamente, a sus oídos:

«¿Qué ves, qué descubres, más allá de las miserias presentes?...

Cristo, como en sueños, decía con voz de visionario:

«Ve un gran incendio en la ciudad de las Siete Colinas... Toda la ciudad está envuelta en llamas... Arden hasta los templos de los dioses gentílicos... hasta el palacio de los Césares... Un hombre rubio, con un manto de púrpura y un ojo de esmeralda, está tocando una cítara en lo alto de una torre... Es un emperador que tiene en las sienes una corona de histrión... Canta como una cortesana ebria...»

—¿Y más allá, qué ves?—seguía preguntando la voz, insinuante.

«Ve, prosiguió Cristo, un gran circo de fiestas, donde un pueblo civilizado se regocija con el martirio de los que pregonan mi fe. Unos, mueren como yo, en la cruz... Otros son devorados por las fieras... Otros perecen en las llamas y son antorchas vivas de la fiesta infernal... El hombre del ojo verde y la diadema de histrión tiene una risa siniestra... Ríe como la imagen de Moloch... Sobre esa tierra bautizada con la sangre de mis hermanos, edificaré la Casa de mi Padre...»

—¿Qué ves, más allá aun?...

«Esa misma ciudad de las Siete Colinas, invadida por hordas bárbaras... Legiones de centauros, llegados de las selvas misteriosas del Norte, arrasan todo a su paso... Los templos son derrocados, las casas incendiadas; las gentes pasadas a cuchillo, sin piedad...»

A un gran silencio de Cristo, volvió la voz a interrogar.

«Ahora veo mi Iglesia en la Ciudad Eterna... Mil peregrinaciones van a ella por todos los caminos del mundo...»

»Ve también, camino de estas tierras, ejércitos de cruzados...

»Ve tres naves que, con el emblema de la cruz, van a descubrir un mundo...

»Ve los martirios de los heresiarcas... Los autos de fe...

»La Revolución Religiosa...

»La Revolución Social...

»Ve a un caudillo audaz que pretende conquistar al mundo...»

Cristo guardó silencio nuevamente. Su mirada, que era ahora más

sombria, en un rápido vuelo había recorrido veinte siglos, y se detuvo ante un gran campo de batalla...

Un campo donde luchaban los más poderosos ejércitos del mundo... Luchaban entre sí, con fuegos destructores, hasta aniquilarse.

—¿Qué ves, qué ves ahora?—decía con sarcasmo la voz de la Tentación.

»Todos esos seres están bautizados en tu nombre...

»Todos conocen este sacrificio tuyo, para su redención...

»Todos han orado en tus altares, han comulgado en tu fe...

»No tienen ni la disculpa de la ignorancia que ciega ahora a tus verdugos...

»Son la descendencia de mil generaciones crecidas al amparo de tu cruz...

»¿Por qué se matan, por qué incendian, por qué profanan y destruyen hasta tus templos?...

»Niños sacrificados...

»Mujeres mancilladas...

»Hogares destruidos...

»Pueblos arrasados...

»Por todas partes, exterminio... hasta en el aire y en el seno del mar...

»¡Y todos ellos se llaman cristianos!...

»¿Y es por ellos, por quienes tú te sacrificas y quieres ser Redentor?...

»¿Es por ellos?...

»¡Responde!...

Pero Cristo no respondió...

Estaba muerto...

—¡Oh, *Vía Dolorosa!*...

Entonces una voz, que no era la de la Tentación, dijo desde las alturas, con un acento de misericordia:

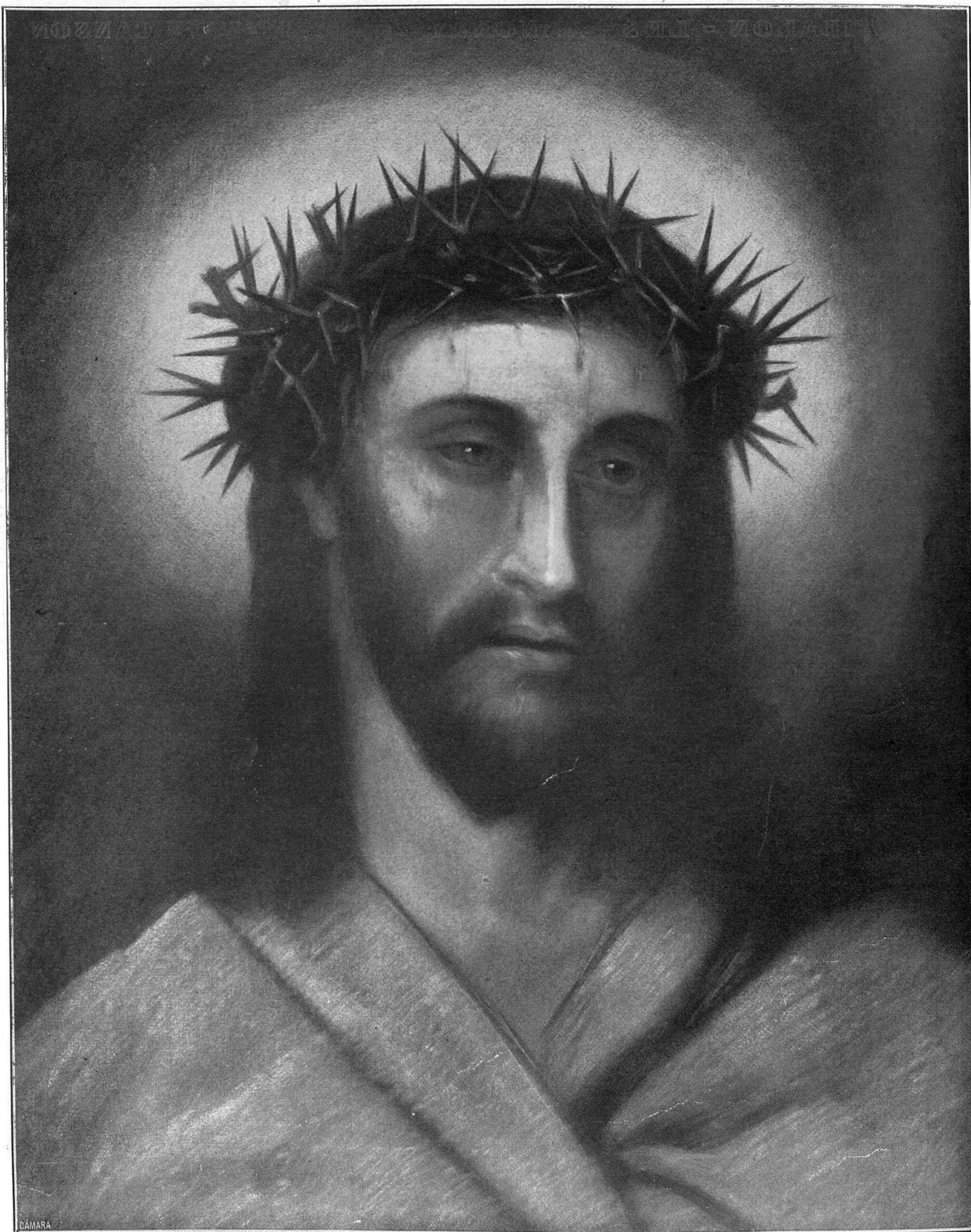
—«¡Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen!...»

«Y el velo del templo se rasgó en dos, de alto a bajo (como dicen las Sagradas Escrituras) y la tierra tembló...»

Y la faz de la tierra se cubrió con una gran sombra de espanto...

GOY DE SILVA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



JESÚS NAZARENO

Copía, al lápiz, de un cuadro que se supone del divino Morales, y que se conserva en Alcalá de Henares

DIBUJO DE OLIVERA

LA VIDA DE JESÚS EN EL MUSEO DEL PRADO



LA ANUNCIACIÓN, cuadro de Fra Angélico

COMO otras veces, la actualidad nos autoriza á uno de estos gratos paseos rápidos por algunas salas del Museo del Prado. Admirables motivos para nuestros comentarios son siempre la belleza perdurable de los cuadros. Comentarios sencillos, humildes, hechos sin otro propósito que el de una labor vulgarizadora, como si fueran notas de catálogo, caldeadas por la cordialidad de una charla íntima ante el lienzo que nos detiene y maravilla, y que sirven para refrescar algo tu memoria, amigo lector...

LA ANUNCIACIÓN

Suave, aquietadora dulzura nos envuelve y penetra ante *La Anunciación*, de Juan de Fiésolo, el divino Fra Angélico. Fuz su asunto favorito. En la iglesia de Jesús de Cortona, en el convento de San Marcos de Florencia, en la Galería Nacional de Londres, en la Pinacoteca Vannucci de Perusa, en San Juan de Valdorno, existen varias Anunciaciones

pintadas con el cándido y bello fervor que caracterizan las obras del admirable dominico. Venturi ha dicho á este propósito: «El misticismo que encorva á los seres humanos, que los baña de perfumes y los inunda de luz, no puede hacerlos moverse sobre la escena de este mundo, y Fray Angélico es el único que haya envuel-

to de humildad á la Virgen cuando la representó de rodillas delante del ángel sobre las losas de un claustro. He aquí la forma dramática á la cual se sujetaron más tarde Botticelli y Lorenzo di Credi en sus cuadros de la Galería de los Oficios, Guirlandajo en su fresco de Santa María Novella, el Francia en su pintura de la Pinacoteca de Brera.»

Todo en este cuadro, verdadera joya de nuestro Museo, responde al soñado y estético idealismo del gran pintor místico. Se ven los oros, los azules, los verdes tan representativos de su arte, aprendido en las miniaturas de su hermano Fray Benedetto, y en el arte igual del florentino Starmina «el pintor del alegre estilo» según Lanzi; ó también en los frescos de Masaccio, según Vasari.

Y como en las otras Anunciaciones, el vestíbulo, los arcos arquitectónicos de la Edad Media, el ángel bellísimo con las alas áureas y el traje rosado; los azules sembrados de estrellas, los



DESCANSO EN LA HUIDA Á EGIPTO, cuadro de Tiziano

LIBRERIA
MUSEO DEL PRADO

mantos de brocado en la Virgen, y á la derecha la evocación del pecado original como una exaltación más—por contraste—de la virginal pureza. Este cuadro fué cedido al Museo del Prado, gracias á la súplica de D. Federico de Madrazo y al apoyo que le prestó el rey consorte D. Francisco de Asís, por el Monasterio de las Descalzas Reales el año 1861.

Es, además, la única obra que posee nuestro Museo del divino Guidolino di Pietro da Mugello, el más puro, el más ingenuo de todos los pintores místicos, que había de ser uno de los inspiradores del prerrafaelismo inglés y del que dice Vasari estas justas palabras: «Los santos que pintó poseen más aire y semejanza de santos que los de otro alguno. Tenía por costumbre no retocar ninguna de sus pinturas, sino dejarlas como desde el principio le hubieran salido, por creer que tal fuese la voluntad de Dios. Hay quien dice que Fra Giovanni nunca puso mano á los pinceles sin haber hecho antes oración. Nunca hizo un Crucifijo sin bañarse en lágrimas; y se conoce en el rostro y las actitudes de sus figuras la bondad del sincero y grande ánimo suyo hacia la religión cristiana.»

LA SAGRADA FAMILIA

Más se acerca al realismo que acusaron de «frío» los comentaristas de la obra de Murillo,

tuvimos tan apasionado entusiasmo por los cuadros profanos de Murillo, como serena indiferencia por los que pintara interpretando episodios religiosos. No sentía el misticismo, la dulzura

cándida y emocionada que prolonga al Arte la misión sacerdotal. No podría suscribir sin grave error estas palabras, escritas doscientos sesenta y tres años antes de su nacimiento, en el *Breve dell Arte de Pittori*: «Somos por gracia de Dios aquellos llamados á manifestar á los hombres groseros y que no saben leer, las cosas mi'agrosas operadas por la virtud de la Santa Fe.»

En cambio, ¡qué cálida y palpante sensación de verdad tienen sus cuadros de la vida real, ó los otros en que realiza el idealismo de la vida divina!

Así, con este lienzo de la Sagrada Familia, cumple la misión de afirmar la posibilidad de un Jesús humano, como también humanos sus padres. Es una escena tan plena de sinceridad estética, tan limpia de la otra dulzonería de algunos lienzos (que están en la memoria de to-

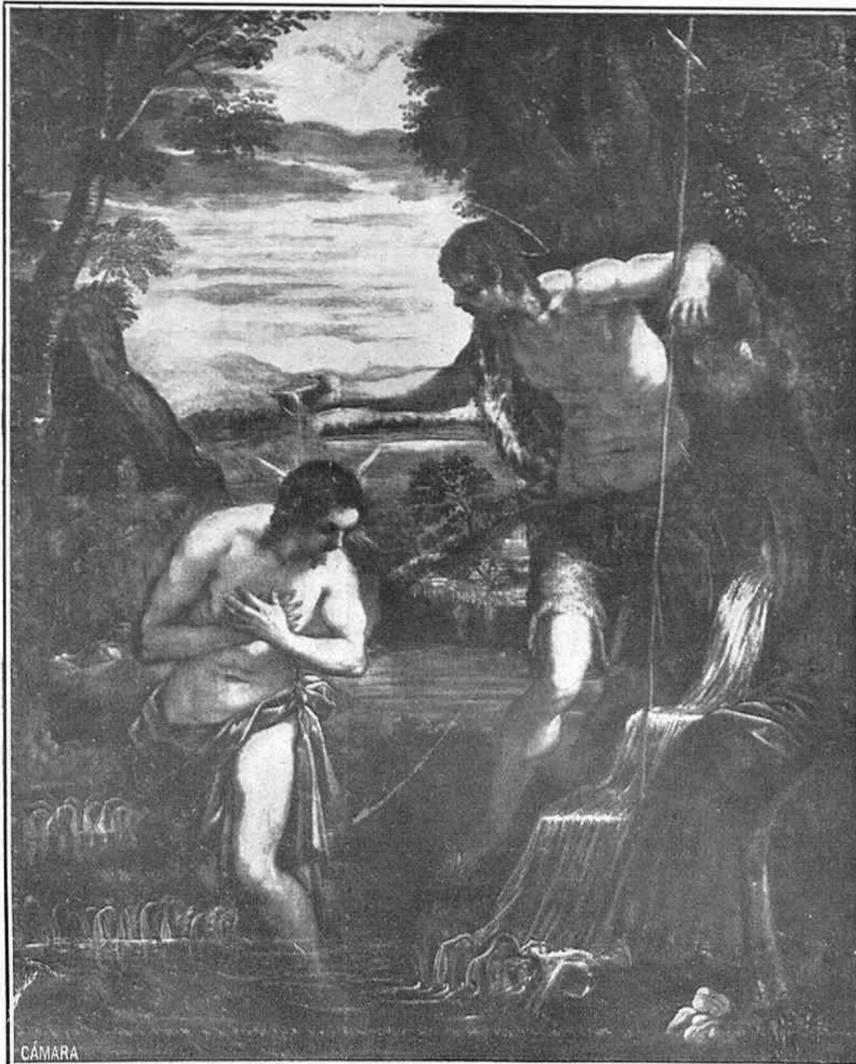
dos para necesitar nombrarles) que explica el amor en que le tuvo la inteligente Isabel de Farnesio, á cuya espléndida colección de obras pertenecía en otro tiempo.



SAGRADA FAMILIA, cuadro de Murillo

que al idealismo clasificado como «vaporoso» este lienzo llamado «del Pajarito», obra del gran pintor sevillano.

Sin embargo, nosotros le preferimos. Siempre



EL BAUTISMO DE CRISTO, cuadro de Tintoretto



EL PRENDIMIENTO, cuadro de Van Dyck

**EL BAUTISMO DE CRISTO.
EL PRENDIMIENTO**

Junto a una de las fuentes del Jordán y sobre una de las rocas, San Juan bautiza a Cristo que, medio desnudo, sin otra ropa que una tela carmesí sujeta a la cintura, recibe el agua bautismal respetuosamente inclinado. Detrás de las dos figuras, una bella lejanía se pierde, una de estas lejanías tan amadas de los venecianos.

Aunque algo ennegrecido el cuadro, conserva, en el vigor con que están ejecutados los dos cuerpos del Salvador y el Bautista y la riqueza briosa del paisaje, los dos aspectos más representativos del arte de Jacobo Robusti el Tintoretto. No en balde había aprendido el dibujo en Miguel Angel y el colorido en Tiziano. Por su propia mano, en uno de los muros de su casa, había escrito esta profesión de fe: *Il disegno di Michelangelo ed il colorito di Tiziano*.

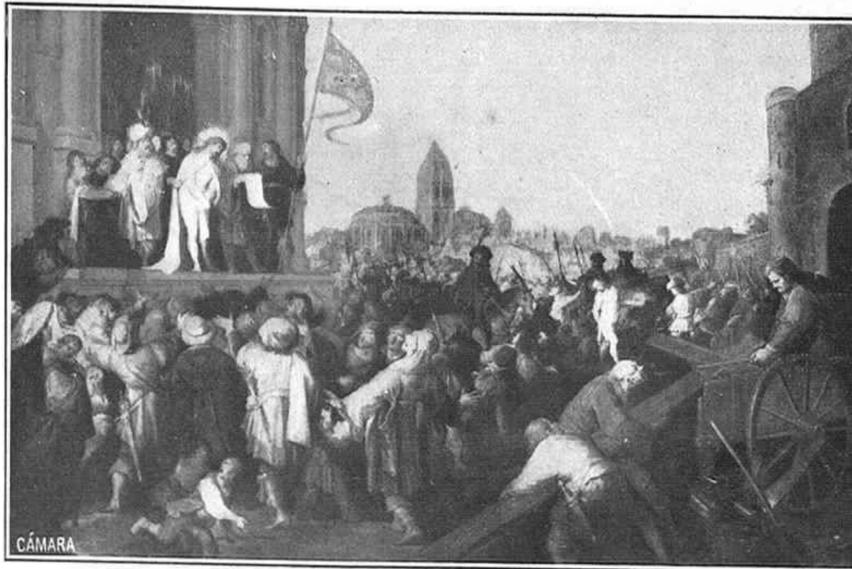
Y, sin embargo, Tiziano apenas fué su maestro directamente. A los diez días de recibir en su estudio al hijo del tintorero Robusti, lo despidió sin causa justificada. Quizás presintió en él al temible rival futuro e intentó anularle, sin conseguirlo.

Entusiasta de su arte, el Tintoretto trabajó de un modo casi febril, sin descanso alguno. Incluso en la época de su más alta preponderancia, cuando era tan apreciado como Tiziano y el Veronés, regalaba sus cuadros o los vendía en exiguas cantidades. Por que su arte le era el más grato de los placeres, y su espíritu, encendido siempre en ímpetus fogosos y en violentos contrastes, se miraba como en un espejo en los cuadros que pintaba...

Pocas veces la tradicional elegancia, el señorial sentido del color de Van Dyck alcanzan, como en su magnífico cuadro «El prendimiento», cumbres distintas y, sin embargo, ennoblecidas por esas mismas distinción y elegancia del gran flamenco.

Tres aspectos hay en este lienzo maravilloso,

za realista que tiene la agrupación de las figuras, de los violentos claro-oscuros del fondo, ni siquiera la armadura del soldado que avanza para prender al Redentor — apenas ve quién es el hombre besado por Judas — no distraen nuestra mirada de esta silueta esbelta y varonil de Jesús.



LA PRESENTACIÓN DE JESÚS AL PUEBLO, cuadro de Franz Franck

bien distintos y, sin embargo, armonizados de tan sabia manera que contribuyen a la total composición de la escena, realizada con una habilidad verdaderamente insuperable.

La desbordada y cruel cólera del populacho; la enérgica actitud del apóstol Pedro cortando la oreja de Malco y la infinita dulzura de Jesús. Nada, a pesar del vigoroso colorido, de la fuer-

dicen, este *Pasmo de Sicilia* en el que sólo tal vez hiciera leves rectificaciones a la labor de sus discípulos... Y nada más, amigo lector, pues la bella elocuencia de estos admirables lienzos te hablará y te buscará el camino del corazón, con más seguridad y certeza de las que mi torpe pluma supiera conseguir.

SILVIO LAGO

**CAIDA DE JESÚS CON LA
CRUZ ACUESTAS**

En 1661 los padres olivetanos de Santa María dello Spasiano de Palermo regalaron a Felipe IV un cuadro de Rafael Sanzio. En memoria de ello se le nombró el *Pasmo de Sicilia*, y Felipe IV otorgó a los frailes una renta anual de cuatro mil ducados. Además, hay en torno a este cuadro de Rafael Sanzio una leyenda. Al ser conducido a Palermo tropezó con un escollo el barco donde iba y se perdió todo el pasaje y el cargamento, excepto la caja que contenía el lienzo y que las olas arrojaron a la playa sin que la pintura hubiera sufrido lo más mínimo...

Fué, claro es, la adoración popular que rodeó a Rafael Sanzio, la inventora de esta leyenda. Rafael Sanzio a pesar de morir joven—a los treinta y siete años—conoció la más envanecedora de las glorias; saboreó todos los placeres, y pintó muchos menos cuadros de los que se le atribuyeron, entre ellos, según



EL SANTO ENTIERRO, cuadro de Tiziano

LA ESFERA

LAS JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO



“EL PASMO DE SICILIA“, cuadro de Rafael, que se conserva en el Museo del Prado



La Virgen de la Servilleta

BARTOLOMÉ Esteban Murillo, rey de la luz, príncipe del color y prócer de la línea suave y piadosa, que fijó en sus lienzos inmortales tantas seráficas expresiones, recibió el encargo de pintar todos los cuadros que eran menester, para el convento de Capuchinos, de Sevilla, ofreciéndose él, por su parte, y como donación y tributo de sus sentimientos cristianos, a pintar un crucifijo sobre cada una de las cruces de madera que decoraban las celdas de los buenos religiosos.

Mucho era el trabajo; no escaso el tiempo que debió emplear en su artística labor; y así, los monjes decidieron darle albergue en su santa casa, deleitándose ante los soberanos y luminosos trazos de sus pinceles, pareciéndoles que la claridad que emanaba de las angélicas figuras, no sólo iluminaba con divinos reflejos el cuerpo del pintor, sino que tendiéndose a lo largo de los muros sombríos, proyectaba un resplandor vago y celeste, que les encendía en lumbre de satisfacción y agasajo.

Entre los religiosos que continuamente y con más ansiedad seguían el trabajo del gran artista, hallábase un lego, cuya constancia en verle y admirarle, llamó la atención de Murillo; era un joven en cuyos ojos ardía vivamente la llama de la fe divina y que aunque nunca dejaba escapar exclamación alguna, permanecía largas horas

como clavado en el suelo y observaba los bocetos y las sagradas imágenes fijadas definitivamente en los cuadros.

Un día y chocándole tanta asiduidad, díjole el pintor:

—Hermano, parece que os agradaría mucho el seguir mi arte.

El lego bajó humildemente la cabeza y murmuró ante el ligero trémolo de sus labios:

—¡Dios no me ha dado las dotes de Vuesa Merced!

—Pues, con tanta afición, la constancia y la fe harán lo demás.

—No es poco el conocerse, hermano—respondió el lego,—y así como admiro en vos á un elegido para gozar de la gracia divina, estoy seguro que jamás podría imitarle, y en esto como en todo, y sin asomo de soberbia sea dicho, hay que ser como Vuesa Merced, ó no ser nada como soy. Ahora, que...

—Seguid.

—Mucho temor abrigo de que pudiera molestaros mi ruego.

—Concedido de antemano tenéis cuanto pedáis, hermano, que es mucha la simpatía que siento por vos.

—Siendo así...

—¡Vamos! ¡Hablad!

—Me atrevería á suplicar á Vuesa Merced que

me otorgara algún girón de sus bocetos, alguna pincelada suya, cualquier detalle que pudiera conservar como una reliquia del que tanto hace y de tal modo sabe hacerlo.

Callóse Murillo, cortando bruscamente la conversación, y al siguiente día llevó al lego á la celda que le servía de dormitorio, descubriendo ante su vista fascinada, una servilleta sujeta á la pared y sobre la cual aparecía, destacándose, como radiosa aparición, la imagen de la Virgen con el niño Jesús en los brazos.

Cayó el religioso de rodillas, sintiendo sobre sí la célica influencia de aquellos ojos que le seguían á todas partes y con voz trémula exclamó:

—Don del cielo es éste, señor Bartolomé, y así no lo merezco.

—Recíbidle,—dijo el pintor—que con el alma os lo entrego, y tan para vos fué, que indudablemente Nuestra Señora me inspiró así, sabiendo que os lo destinaba.

Y esta es la historia de la Virgen de la Servilleta, que se custodia en el Museo de Sevilla. En cuanto á las cruces, la mayor parte desaparecieron en turbulentas horas de rapiña, yendo á enriquecer exóticas colecciones.

L. LOPEZ DE SAÁ

DIBUJO DE MARTÍNEZ DE LA VEGA



“LA APARICIÓN DE JESÚS Á SUS DISCÍPULOS”, TAPIZ DE RAFAEL, QUE SE CONSERVA EN EL PALACIO REAL, DE MADRID



Para las mujeres:

Todos los años al llegar la Primavera, los cronistas saludan su presencia con un himno vibrante. Se habla de los rosales que florecen acariciados por la brisa, de las lilas simbólicas, cuyo perfume arrulla á los enamorados y su famosa embajadora la señorita Fornarina, endiamantada y primorosísima, convoca en el teatro más selecto de Madrid un aque-

larre de damitas gentilísimas y pollos coruscantes, para cantar haciendo dengues deliciosos, ni más ni menos que si se encontráse removiendo peroles ante un fogón imaginario:

¡Oh, Primavera, bella y ligera!...

Se improvisan cantos inspiradísimos á la renovación de la Vida, y las casadas jóvenes suspiran satisfechas porque el esposo en Mayo se muestra más gentil que nunca, se preconizan los paseos matinales por el Retiro y las excursiones al Parque del Oeste; las modistas prolongan discretamente los escotes hasta la cintura, para evitar sofocaciones á las hijas de Eva... é inflamar á los vástagos de Adán; triunfa el *sport* en todas sus manifestaciones; sobrevienen las corridas de toros, y hacen su aparición los velos femeninos.

¡Ah, los velos!

Nada más apropiado para favorecer á una mujer que esos velos blanquísimos, flotantes, juguetones que prestan á su rostro suavidades de melocotón y nitidez de nácar. El velo es una medida de previsión que adopta la mujer contra las caricias importunas del Rey Sol; pero que á consecuencia de la adorable coquetería del sexo, se ha convertido en un anzuelo peligroso.

Las mujeres gustan—sistemáticamente—de todo lo que sea bello, rico y elegante, y además de la afición natural á las telas preciosas, las fulgurantes pedrerías y los sombreros sensacionales, gustan sobremanera de toda clase de adornos, quisicosas é impedimentas, siempre y cuando que ellas piensen que contribuyen á redondear é iluminar su belleza.

El testimonio de los espejos no es suficiente á tranquilizarlas; ellas necesitan recurrir á los adornos, que son un tributo legítimo á la soberanía indiscutible de sus encantos, y el último acatamiento á su hermosura embriagadora.

La mujer engalanada, no es sólo la mujer que cree perfeccionada su belleza; es también el guerrero que marcha procaz esgrimiendo las armas con que espera obtener la victoria; es el soldado que exhibe orgulloso sus cruces y es la divinidad pagana que quiere ver su altar cubierto de ofrendas y exige que se inmolen gruesas víctimas y se hagan sacrificios en holocausto suyo.

Las mujeres ya saben que los velos son desgraciadamente inútiles; pero como asimismo les consta que con ellos resultan demoledoras, apenas la fragante Primavera las roza con sus alas

perfumadas, aprovechan la coyuntura para envolverse en velos eficaces y se presentan retadoras, luciendo gasas delirantes, que vuelan hasta mi piso quinto y más tarde las conceden apariencias de hadas en las playas, los bañeros, los autos, las canoas ó el paseo de Recoletos á falta de otra cosa mejor.

Realmente, ¿qué hombre por malvado que sea



se resiste á una muchacha que cubre sus cabellos en el campo de *tennis*, con una nube vaporosa de finísimo tul, y mueve su cabeza para que ondule al viento cuatro metros de humo de seda transparente? Aunque ella tuviese una boca como el buzón de Correos, no habría más remedio que declararse su cautivo. Y en todo caso arrojarle entre sus fauces, después de haberse colocado un sello de 10 céntimos, que es lo más indicado para la correspondencia del interior.

Únicamente Herodes se revolvería ofuscado contra una Flérida automovilista que se apeara del coche, sacudiendo una llamarada kilométrica de tul rojo. Don Pedro el Cruel se haría jalea contemplando en la playa á una graciosa Celi-

La moda de los velos

mene moderna velada por el verde fascinante de una gasa relámpago. Y hasta es muy posible que Judith no le hubiera cortado la cabeza á Holofernes si el desgraciado general, hubiera obsequiado con una pieza de muselina á tan heroica y perversa viuda.

Tiene tal importancia la belleza para las mujeres, que *todo* lo convierten en seductor y hermoso. La que no puede mostrar un lindo rostro como Antonia Mercé, consuélese haciendo resaltar la gentileza de su talle sin precedentes; pero si esto igualmente le faltara, como á Pepita Rivas, presumiría de tener un pie breve y perfumado. Y las hay que además de considerarse como un verdadero simposio de atractivos, llegan en su insensatez á sostener que sus alhajas, sus vestidos ó sus adornos, son superiores á los del resto de todas las mujeres de la tierra.

Yo tengo una amigueta, por cierto muy bonita y confortable, llamada Julia Palacios—cuya dirección me reservo—, que padece una incurable manía por los velos. Sus *toilettes* fastuosas de Paquin, sus collares de 50.000 francos, sus sombreros de Madeleine ó sus zapatos primorosos de Felipe, no significan para ella una fuente de goces tan complicados y complejos como los velos. Ella guarda implacable, lo mismo que un avaro sus tesoros, los chales de la India, tan etéreos, que diríanse suspiros de bayadera; las gasas japonesas, rizadas é impalpables; los tules de la Arabia, que parecen quebrarse entre las manos, y muselinas de París, tan delicadas y suaves como un beso. Estos encajes negros, transparentes como un discurso de Melquiades, que ponen en la cara una nota de inquietante misterio, y esas blondas livianas con las que las princesas á la moda disimulan una nariz incorrecta ó una papada prematura, son cuidados por Julia con una voluptuosidad y encarnizamiento que jamás ví en una madre amatísima para cuidar á sus retoños.

Quizás porque Julia comprenda mejor que el resto de las mujeres la importancia y trascendencia de los velos femeninos.

En verdad, os digo, lectoras apacibles, mujeres de bien, discretas y sanas, que obraríais muy cuerdamente agenciándoos uno de estos velos fantásticos, último delirio de su majestad la Moda, sobre los cuales hay bordados en color, un clavel, una guinda ó una menuda mariposa. Yo sería muy feliz obsequiando á cada una de vosotras con un velito de estos de que hablo; pero como me figuro que seréis muchas las que tendréis el buen gusto de leerme, francamente, voy á meditar unos meses antes de formalizar el ofrecimiento, á ver si entre tanto se pasan de moda y vosotras me releváis del compromiso.

No seáis impacientes y otro día os diré...

LEYENDAS Y TRADICIONES MADRILEÑAS

LA CALLE DE VÁLGAME DIOS

El suceso á que debe su origen el nombre de esta calle, genuinamente madrileña, que va de la del Arco de Santa María á la de Gravina, merece ser relatado.

Posee todo el prestigio que el romanticismo legendario teje en torno de aquellos hechos trágicos y extraordinarios que todavía nos interesan y conmueven.

Oíd cómo la tradición narra lo ocurrido.

Cierta noche fría y pavorosa de invierno, en que la lluvia desatada golpeaba los cristales y hacía pensar en terroríficas apariciones, llegaron dos embozados al convento de San Francisco, á cuya puerta llamaron con recios y sonoros aldabonazos.

Abrió el hermano portero, refunfuñando, y preguntó de mal talante á los desconocidos por la causa que les hacía ir á hora tan intempestiva á turbar la paz de la casa de Dios.

Sin descubrirse ni desembozarse, habló uno de los dos personajes con ronca y autoritaria voz, diciendo que se trataba de prestar auxilio espiritual á un moribundo, para cuyo santo y piadoso objeto necesitaba de un fraile, por ser este el deseo del agonizante.

Prestóse el guardián á obedecer la súplica, arguyendo que tenía que ir acompañado de otro hermano. Y después de que los desconocidos se avinieron á que el lego les siguiera, echaron calle arriba, cejijuntos y silenciosos.

Pero el lego no les perdía de vista. No sabía qué misterios y sospechas habíanle hecho concebir aquellos dos hombres, tocados con negros chambergos y recatados tras el embozo de sus oscuras capas. Lo cierto es que antes de abandonar el convento, bajó al cementerio allí establecido, y cogiendo la espada que en su mausoleo tenía uno de los cadáveres de gente principal, en la iglesia sepultada, salió en pos de los enigmáticos hombres, que caminaban presurosos.

Y así anduvieron gran trecho. Procuraban aquellos conducirlos por sitios recónditos y apartados, dando mil vueltas y revueltas que acabaron de convencer al lego de que se trataba de alguna sorpresa de que había que desconfiar.

¡Extraña caravana aquella que atravesando Madrid á la media noche, cuando el viento huracanado arrancaba árboles, apagaba las mortecinas luces de farolillos, puestos al pie de populares imágenes y hacía huir á los contados viandantes que transitaban!...

Al fin, cuando llegaban á los caños de Alcalá, uno de los individuos arrojóse sobre el fraile y, después de forcejear con él, le vendó los ojos, llevándole de la mano por sitios peligrosos convertidos en torrentes por la lluvia.

El lego quedó luchando con el otro en horrible desafío.

Cruzadas las espadas, arrancaban á los aceros chispas que eran las únicas luces que en aquellos sombríos lugares se veían.



Y en descomunal contienda, pasaba el tiempo, sin que ninguno de los adversarios se rindiera...

ooo

Mientras, había llegado el guardián á un profundo barranco, donde su acompañante le quitó la venda que tapaba los ojos.

El espectáculo que contempló fué aterrador. Vió á una joven, despeinada, con el cabello caído sobre las espaldas, de rodillas, implorando la clemencia de un hombre, que con una cuchilla en la mano, esperaba la hora de darle muerte; y más lejos, tirado sobre un lecho de hojas secas, un niño rubio y desnudo, sonrosado y angelical.

Con breves frases le pusieron en antecedentes de lo que se pretendía.

Tratábase de que tenía que confesar á aquella muchacha desgraciada, amante de uno de los malhechores, y que bautizar al niño.

Ambos iban á morir...

ooo

Obedeció el guardián. Escuchó la postrera confesión de aquella desgraciada, víctima de las asechanzas de un malvado. Sobre su caída cabeza hizo la señal de la cruz implorando el favor del Cielo para evitar aquel crimen pavoroso y execrable.

Y después de pronunciar breves frases, pidiendo misericordia á los bandidos, bautizó al niño que entre sus manos se agitaba convulso é

inocente con la inconsciencia adorable y bendita de su tierna edad...

ooo

El desafío del lego con el facineroso había terminado con la muerte del bandido.

Y sin limpiar la sangre que manchaba su espada, echó á correr el bueno del lego en busca del guardián. De pronto, cuando se hallaba desesperado, oyó una voz que se elevaba de un lugar cercano.

Era la voz angustiada de una mujer que decía con acento desgarrador, que hizo estremecer al lego y crispársele los cabellos:

— ¡Válgame Dios!... ¡Válgame Dios!...

Como una fiera echóse barranco abajo, llegando al lugar de la escena en ocasión de que uno de los asesinos, disponíase á matar á la mujer.

Sin darle tiempo para defenderse dióle una terrible cuchillada, derribándole en tierra. Y arrojándose sobre el otro, que tenía al niño en sus manos para ahogarlo, luchó con él á brazo partido.

El guardián, de rodillas, rezaba sin fuerzas para sostenerse. Esperaba un milagro de la Providencia... Y el milagro se hizo...

Dando un grito ronco cayó sin vida el enemigo del lego que, jadeante, rendido por los tremendos esfuerzos de aquella memorable noche, se arrojó á los pies del fraile. También él necesitaba perdón por haber sido homicida.

ooo

Repuestos del susto y sosegados un poco, apresuráronse á coger al niño.

La mujer, enloquecida, había huído.

Y con el niño en brazos, volvieron al convento, guardián y lego.

La Comunidad, puesta en conmoción por la inusitada tardanza de ambos, los esperaba con impaciencia.

Y cuando al día siguiente fué la Justicia al lugar del suceso, encontró el cadáver de uno de los malhechores, y á los otros, gravemente heridos.

Interrogados hábilmente, confesaron estos últimos una serie de crímenes verdaderamente espantosos. Tratábase de una cuadrilla de salteadores que merodeaba por las inmediaciones, siendo el terror de toda la comarca. Y habiendo robado á la mujer de esta Historia, que pronto convirtió el capitán en amante suya, teniendo sospechas de su fidelidad, el bandolero había decretado su muerte y la de su hijo, cosa que evitó el valiente lego con su incomparable hazaña...

La mujer fué á recoger al niño á los pocos días, y no recayendo sobre ella ninguna culpa, fué condenada, sin embargo, á ausentarse de la corte...

Y la voz pública distinguió con el nombre de «Barranco de Válgame Dios» el lugar de este suceso, nombre que conserva todavía la calle al principio de este artículo mencionada...

DIBUJO DE ECHEA

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ

LA SEMANA SANTA EN SEVILLA



La imagen de Nuestra Señora del Valle, escultura de Montañés



Nuestra Señora de la Soledad, de la parroquia de San Buenaventura

VUELVE la tradición á enseñarnos su cara rugosa y venerable. La tradición tiene la inmutabilidad y la indiferencia del tiempo. Pasa por encima de todos los dolores, ajena á la impresión, sorda al lamento, desdeñosa á los gozes, y si el andar de unos días la aleja, el andar de unos días la aproxima. Siempre lo mismo; normal, isócrona como un péndulo, inveterada como una costumbre, aparece y desaparece, se va y viene trayendo y llevándose nuestra curiosidad primero, nuestros afanes después, nuestra inquietud más tarde, hasta que al fin se lleva nuestra vida, girón de sombra más que destellar de luz, frialdad de huesos más que calor de sangre, blancura de nieve sobre la joven negrura del cabello, despojo miserable del espíritu tundido por el batán de los años que revuelven la fe con la duda y secan ilusiones y truncan ideales, abandonándolos caídos, como pétalos de rosas mustias, por los largos senderos de nuestra marcha, de esa marcha sin alto ni reposo, que emprendemos al nacer atraídos como por un vértigo de abismo, por el misterio indescifrable de la eternidad, puesto siempre ante la interrogación perpetua de la mirada, que no acierta á advertir cómo el enigma se envuelve en sombras para reirse eternamente de nuestra ignorancia.

Y esta tradición nos hace revivir todos los años los trágicos días de la semana



Nuestra Señora de la Esperanza, conocida por la Virgen de la Macarena

de Jerusalén. Días que nos hablan de cómo es la condición de los humanos, porque alborean en Belén con adoraciones y ofrendas y llegan á su crepúsculo cruel y sangriento del Calvario, donde el mismo hombre que se prosternó fervoroso, vomita maldiciones y blasfemias al siniestro compás del martillo verdugo que rasga con impiedad las carnes del suplicio.

—¡Mujeres de Jerusalén; no llorad por mí. Llorad por vosotras y por vuestros hijos!

¡Llorad, mujeres, porque aquí quedais!

¡Jueves Santo! ¡Sevilla! Un ambiente melancólico envuelve á la gloriosa ciudad hispalense. Por las calles no pasea la alegría, ni aturde la fiebre del negocio. Paron los coches, se encierran los tranvías, calla el nervioso fragin del muelle donde no rechinan las cadenas de las gruas, ni jadean las locomotoras, ni vibran las campanillas de los carros de transporte, ni interrumpe la paz del aire el ronco silbar de las sirenas.

Hay un momento grandioso, solemne, en que la ciudad populosa duerme á plena luz. Una hora silente y muda como un sepulcro, porque el aire se acurruca en los brazos de las palmeras y callan las aguas de los jardines y los pájaros enmudecen en las altas copas.

Ha muerto Cristo y los labios, que son manantiales de donsuras, enmudecen contraídos en un rictus de llanto.

Sobre el fondo azul del cielo se dibuja la línea quebrada de los pretiles llenos de claveles y de geráneos; el pintoresco declive de los tejados 'úmedos donde la cerámica trianera recogió los destellos del sol en el vidrio de sus tejas de colores; las moles ingentes de las parroquias, con las jorobas de sus cúpulas y la esbeltez airosa de sus remates; la silueta gentil de la Giralda, pulida como una dama, calada como una mantilla, que rasga la celeste serenidad de la bóveda con sus agujas de acero, donde se enreda muchas veces, como banderas de paz, la blancura inmaculada de las nubes.

El sol se estrella contra las esquinas derramando por la angostura de las calles embalsamadas la riqueza de su luz. Queda un contraste de sombras, en un rinconcito que imaginó el amor para decir secretos entre rejas de encajes, claveles y celosías. Desde un viejo retablo enseña Jesús, á la luz agonizante de un farol, el sarcasmo de su corona. En las anchas losas de la calle muda retumba el pisar de un nazareno. El aire apacible huele á rosas, azahares, acacias y «aromos».

Brilla el azabache de los ojos en el fondo de una ventana florida. Sobre la negrura de la mantilla destaca la perfección griega de un perfil valiente. Se escucha una vibración sugestiva que hace estremecer el aire y acrecer los perfumes. ¡Ha reído una mujer y son como perlas sus risas!...

ooo

Avanzan los santos entre el parpadeo amarillento de los cirios, la admiración de la muchedumbre atónita y la ingenuidad de la «saeta», cuyos versos escapan de los labios temblorosos y se agitan en el silencio recogido de la calle como dentro de un jardín las alas de las mariposas.

Del caudal de esculturas, que es orgullo de Sevilla, destacan por su mérito y por la pública predilección tres obras maestras: La Virgen de la Esperanza, el Cristo del Gran Poder y el de la Expiración, más conocido por el sobrenombre de «El cachorro».

El remoquete está justificado por una leyenda que á través de las generaciones ha llegado



Nuestro Padre Jesús del Gran Poder



Santo Cristo de la Expiración, conocido por el Cachorro
FOTS. PÉREZ ROMERO

hasta nuestro siglo. Oidla: Andaba D. Francisco Ruiz Gijón á vueltas con su obra. El momento terrible de la expiración no se subyugaba á la fantasía creadora. Ni el gesto, ni la contracción, ni la mirada, respondían á lo que buscaba la idea. Reinando en su pensamiento caminaba mohino por las calles de Triana una tarde de luz y de alegría.

Súbitamente, un clamor desgarrado conmovió la tranquilidad del barrio. De las calles de los gitanos nacía el grito de tragedia que hería los tímpanos como el delgado filo de un acero.

—¡Han matado al Cachorro! ¡Justicia!—Y las mujeres se escondían, asustadas y los hombres corrían curiosos al sitio de la lucha. D. Francisco Ruiz Gijón fué también con la muchedumbre é instintivamente miró al agonizante. De pronto se abrió paso con violencia, de un salto se plantó en medio del corro é inclinándose sobre el cuerpo casi exánime, fijó en la cara angustiada el mirar de sus pupilas.

El «Cachorro» era un gitano cobrizo y recio. Los fingidos desdenes de una hembra de ojos negros como los pesares, lo llevaron á la pelea. Se batió bravo, fiero como los hombres de su raza, pero la punta del cuchillo contrario le buscó el pecho desnudo y por la herida ancha, como la lanzada de Longinos, se le fué la vida. Ruiz Gijón recogió inmóvil el último estertor de la horrible agonía.

Al año siguiente salía en procesión de la Capilla del Patrocinio de Triana el Santísimo Cristo de la Expiración. La mirada, vuelta al cielo, tiene una expresión indefinible de angustia y de dolor; los cárdenos labios, contraídos, se fruncen en una mueca que espanta. Parece que en ellos palpita aún el postrer aliento. Los músculos del cuello dijéranse atezados por férreos dedos invisibles y en el pecho herido de una cuchillada, quiere advertirse la presión de la asfixia. El Cristo es recio, bronceado. La cabellera rebelde, se enmaraña sobre el martirio de la corona de espinas. Visto desde un balcón, el horror de las facciones crispa los dedos y hace correr por la espalda el calofrío del terror.

Detrás del *paso* del Cristo, descalza y penitente, fué por aquellas épocas una mujer joven, de cuyos ojos como abismos, fluían los raudales del arrepentimiento. Por esta mujer, gitana y bella, sombría é inquietadora, clavaron una faca aguda en el pecho de un hombre. Este hombre fué el «Cachorro». Tal es la leyenda.

ROGELIO PÉREZ OLIVARES

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



DETALLE DEL CÉLEBRE TRASAGRARIO DE FELIPE DE BORGONA, QUE EXISTE EN LA CATEDRAL DE BURGOS

FOT. VADILLO

CAMARA

EL ALMA DE ANDALUCÍA: LAS SAETAS

HUELE á violetas y á incienso. Bajo el cielo prematuramente azul y de vernal anticipación, se desarrolla todo el dolor cristiano.

Luto en las iglesias y color de claveles en las calles y sobre los corazones femeninos.

Hay gozo de amar en los labios, bondad de disculpa en las pupilas y les brotan versos á las almas mozas. El campo es una tentación. El río va cantando una canción burlona. El viento busca consonantes en las palabras de amor para un poema que está componiendo á la vida. Y en la voz del agua y en el aroma penetrante de las flores en la voluptuosa curvatura de las cumbres lejanas y en el desperezo verde de los campos, hay un eco del rumor de alas que les nacen á los pensamientos...

Pero es Semana Santa.

Bien clara la coincidencia distinta del renacimiento natural y de la agonía ideal.

He aquí la época elegida por Cristo para dejarse matar en un admirable holocausto de abnegación.

La fe lucha con el instinto. Y gracias á ello, este mes de Marzo tiene un encanto extraño y dulce.

Suenan bien las trompetas pacíficas de los nazarenos en el aire diáfano. Lucen los oros y las gemas de las andas procesionales, entre la maja guapeza de las españolas con manilla ensangrentada ó nevada de claveles. Es grata la frescura sombría de las amplias basílicas después de la

virgiliana aromosidad de los campos. Son las oraciones suaves sedante para los labios que primavera

endulza. ¡Bendito tú, mes de Marzo, que eres un milagroso joven donde sobre el oro de tu vernal florescencia, van engarzados un sangriento rubí profano y una cristiana perla negra!

Saetas...

En la paz de la mañana corrió por las calles como un calofrío el destemplado estruendo de las timeras trompetas.

Después pasan las cofradías. Las Vírgenes de los mantos enormes y pesados de terciopelo con bordados áureos y cabrilleos de luz de las gemas, las Vírgenes que tienen nombres de barrios de tronío y á las que se cantan coplas que arden calenturientas, pasan bamboleando sus caras dolorosas, sus joyas, entre los faroles que brillan mortecinos, entre la desbordada policromía de las flores. Se quiebra la luz en las corazas y

los cascos empenachados de los legionarios romanos. Pasan las siluetas lentas, ceremoniosas, de los nazarenos negros, morados, azules, blancos...

Y en el aire, donde el incienso y la tierra florecida mezclan sus olores, suena de pronto una voz de mujer.

Esta mujer es alta, delgada y morena. Tan morena, que la piel de su rostro tiene aceitunada lividez y las mo-



Galván

ras niñas y el pelo, azulinos reflejos. Es la mocita serena y triste que pinta Romero de Torres. En la serpentina delgadez de su cuerpo se presiente toda la lánguida sensualidad de las niñas de los árabes.

Y su voz cálida, cariciosa y triste, de una tristeza infinita que calofrío la espalda, canta:

Ya vienen las tres Marías
con el cáliz en la mano,
van recogiendo la sangre
que Jesús va derramando.

Y otra voz de mocita parece contestarla:

Por ventanas y balcones
mucho gente se asomaba
al ruido de los sayones
que á Jesucristo llevaban.

Son lamentos agudos, lentos y largos. Surgen de la multitud apiñada en las calles de casas



UNA SAETA EN LA NOCHE

Por el silencio de la calle, muerta de paz, bajo el azul del firmamento, cruza la procesión á paso lento, de jaldes cirios á la luz incierta.

Mientras el alba en el confín despierta, vuela á mí, en la caricia azul del viento, una voz que, embriagada en sentimiento, canta en el claro-oscuro de una puerta...

"Saeta" que una voz desgarradora en el misterio de la noche llora, como la pena de un inmenso amor:

Llega tan hondo tu plañir sincero,
¡que parece crugir hasta el Madero
donde, enclavado, muere el Redentor!...

JUAN GONZÁLEZ OLMEDILLA

blancas y bajas, en cuyas azoteas negra más gente. Amanece ó anochece. Las luces de los cirios, de las farolas, brillan lívidas en la mortecina palidez de acuario que derraman los crepúsculos. Despiden las flores su aroma mezclado al del incienso. Se bambolean las imágenes de los pasos y chocan contra el suelo, metálicas, las varas de los nazarenos encapuchados y enigmáticos.

¡Saetas! ¿Quién os puso este nombre tan bello, tan de poeta y de pintor á un tiempo mismo, porque os sintió clavarse en su corazón y os vió cruzar el aire en busca del Cristo de las melenas rizadas y la túnica de morado terciopelo sujeta por grueso cordón de oro?

Salís bronceas y ásperas de una garganta hombruna, acariciáis en la melancólica ternura de una voz femenina, que acaso implore un amor á la Virgen; tembláis en el frágil acento de una vocecita infantil

que aún dice el dolor, inconsciente del dolor mismo.

A veces hay cuatro, cinco saetas juntas; á veces una sola y va y viene como un pájaro herido que se resiste á caer y enmudecer para siempre, ó un repentino silencio y se oye entonces la caricia del terciopelo sobre las piedras, el jadeo de los portadores de andas y hasta el chisporrotear de los cirios dentro de sus faroles.

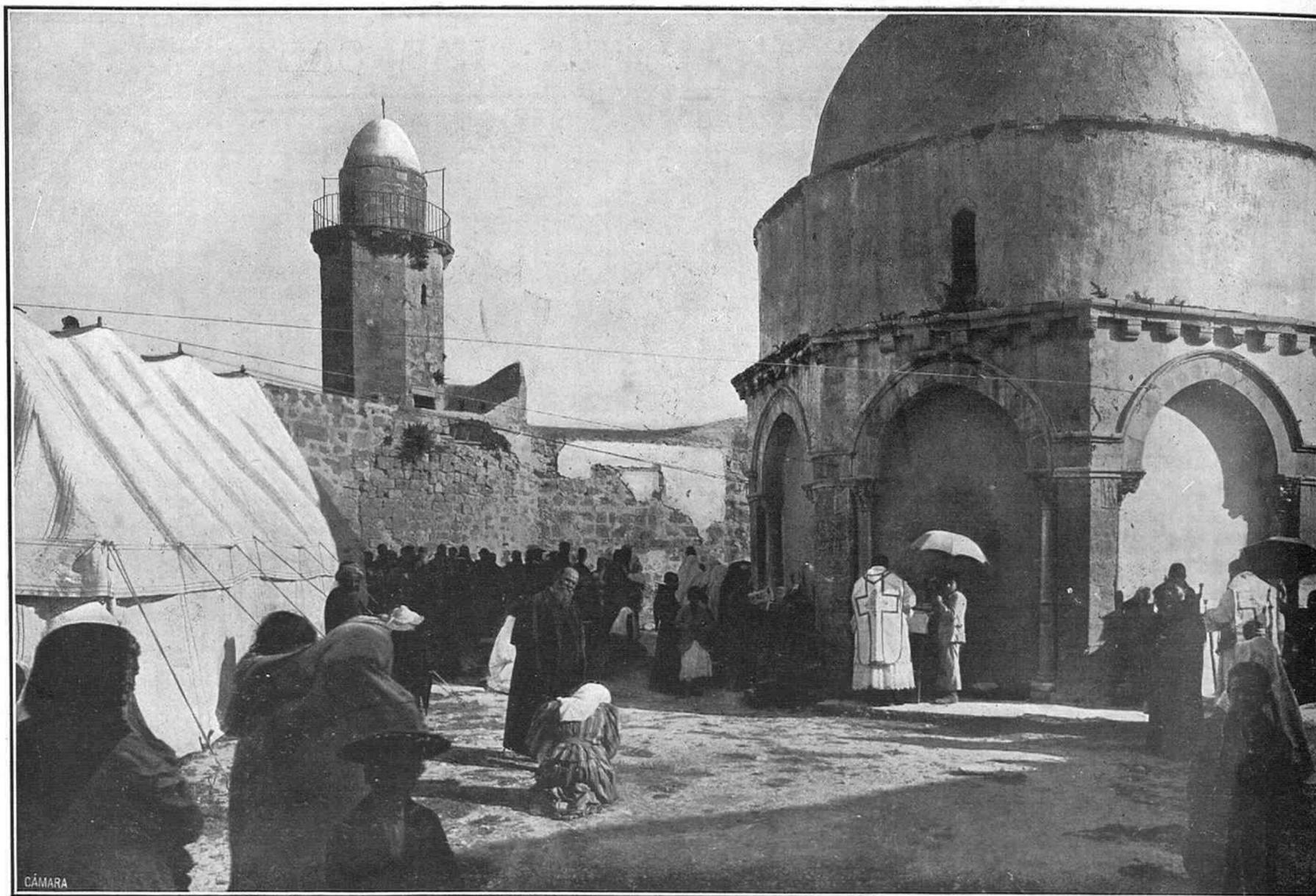
Creación del alma popular, caldeada por el sentimiento religioso intensamente arraigado en ella, porque el dolor, compañero inseparable del goce de amar, puso en la psiquis andaluza una recia necesidad de exteriorizarse en acentos musicales plenos de honda amargura, que son misticismo sublime ó amorosa endecha ó plegaria inefable, la saeta perdura en la vida espiritual de los países meridionales. En Andalucía como en Levante lleva á la Sagrada Semana el testimonio de una inextinguible creencia que es amor y perdón...

Y se piensa en la Andalucía trágica, sombría, que asesina y mata por amor. La Andalucía de los cementerios blanqueados por la luna; de los hombres que loran sobre la mujer que mataron; de las mujeres que agonizan y aún sienten en su carne la ansiedad sensual y en sus labios agrietados por la fiebre el recuerdo de los besos amados. La Andalucía que sangra de facas, que tiene blancuras de biznagas y de sepulturas, sollozos hondos y broncos del bordón de la guitarra, fúnebres dobles de campanas y ayes que no se sabe si son de muerte ó de placer en la noche perfumada de jazmines...



José FRANCÉS





Mezquita edificada en el lugar en que se efectúa la ascensión del Señor

SEMANA DE PASIÓN

COMMEMORA la Iglesia católica y toda la cristiandad uno de los más grandes misterios de nuestra sacrosanta religión: la cruenta Pasión y Muerte del Dios hombre, del mártir del Calvario, del Redentor del mundo.

Entre las religiosas solemnidades cristianas, ninguna impresiona tan hondamente al alma creyente y ninguna conmueve tanto el corazón del hombre como la Redención del linaje humano.

Los días de la Pasión de Jesucristo; los días del Sacramento Eucarístico, eterna fuente de místico amor y de sublime caridad; los días de la Cruz, símbolo del sacrificio; los días de la Resurrección, símbolo del triunfo y de la gloria, son los días del sublime Drama del Calvario, en el que siempre encontrará el pensador puntos de vista nuevos para ocupar la mente y entusiasmar el corazón. Cristo ofreciéndose á la humanidad en banquete dulcísimo y divino, Cristo llagado, Cristo escarnecido, Cristo coronado de espinas, Cristo clavado en la Cruz y Cristo muriendo por salvar á los pecadores.

¿No había este Drama santo de llenar el mundo en los siglos pasados y venideros, si los cielos que son inmensos los llena con su Majestad y con su Gloria?

Ante la magnitud del Drama horrendo del Calvario, perpetua Redención del mundo, que empieza en el idilio de Jerusalén, quedan anulados y oscurecidos todos los demás hechos que por su dolor brillan en la historia; Jesucristo muere perdonando y bendiciendo, y al pronunciar su postrer palabra, con las losas de las tumbas que se abrieron, abriéronse también las puertas de los Cielos. Nada en el mundo hay que se preste tan elocuentemente á la meditación

como los grandes misterios de la Redención humana; grandes misterios que son un poema de todas las grandezas divinas y un hecho que no puede ser desfigurado, pues fué harto público y solemne. No es, pues, posible á ningún alma religiosa, cuando la *Semana Santa* se acerca, dejar de embargarse en estos recuerdos de Jesús que despiertan el misterio de nuestra existencia y de nuestro origen, la exclusiva esperanza de nuestro porvenir y que son como una ablución refrigerante para el espíritu caldeado por las carnalidades de la vida y un atractivo suave y de seducción irresistible asequible de nuestra grandeza. Hermoso espectáculo que, con la voz de veinte siglos, llama á nuestra memoria y nos presenta á la humanidad y sus generaciones colmulgando con esas divinas doctrinas, postrados

en las oscuras naves del templo que nos muestra á Jesús entre luces amarillentas con su faz sudorosa y agónica transmitiendo en su imagen de martirio su principio en la muerte, su ley en la Justicia y sus destinos en la eternidad.

La Cruz del Calvario nos ofrece aquel gran espectáculo donde la verdad misma reconcentró todos sus rayos y donde la vida divina yace tendida, sujeta con unos clavos, toda molida y quebrantada por los tormentos; donde se juntan lo finito y lo infinito, lo temporal y lo eterno, revestido con los colores, las formas y hasta los movimientos de la vida humana, descubriéndose con claridad lo que es el hombre y lo que es Dios. El sacrificio de la Cruz nos hace ver que el Cuerpo del Redentor es prenda de reconciliación de Dios con el Hombre; en ella campea lleno de llagas, de aflicciones y de dolores; en ella hallan los justos consuelo, esfuerzo los débiles, remordimiento los malos, refugio los penitentes, esperanza los moribundos é inspiración la caridad. Sus hojas, siempre verdes, dan sombra bienhechora á toda la tierra, lo mismo que sus flores y sus frutos confortan nuestros corazones y son medidas saludables contra nuestros enemigos. La Cruz del Calvario es libro hermoso, es como el sol, la luz y la vida del mundo, y donde hoy, mañana y siempre podremos meditar y estudiar cuál debe ser la vida y dónde se aprende á morir bien, que es lo que importa... No puede darse sacrificio más enorme y más divino que el de la Pasión y Muerte de Cristo, ni puede concebirse resultado más grandioso que el logrado por la divinidad del protagonista. ¡Meditemos!

R. MÉNDEZ GAITE
Pr. Místico



La tumba de la Virgen

LA ESFERA

LAS JOYAS DE LA PINTURA



CRISTO EN LA CRUZ

Cuadro de Alonso Cano, que se conserva en el Museo del Prado

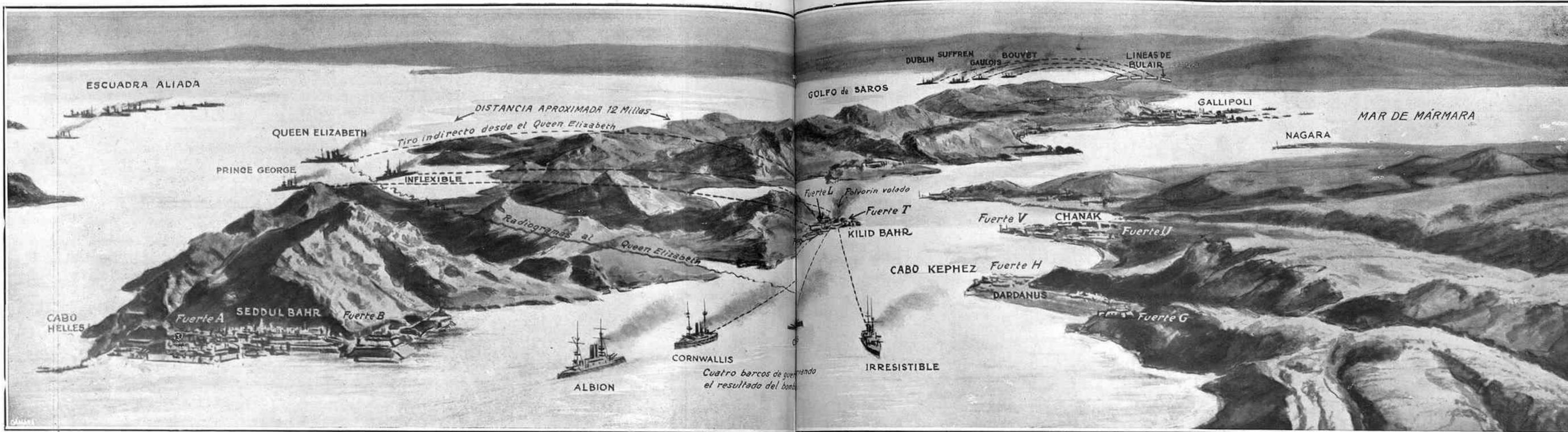


Gráfico demostrativo del ataque por fuego indirecto realizado por los acorazados ingleses y franceses contra los fuertes otomanos emplazados en el Estrecho, y cuya acción se efectuó en la primera decena de Marzo, con gran éxito para los aliados

El problema de Oriente es una sucesión histórica de las guerras santas, de las luchas sangrientas entre cristianos y creyentes de Mahoma. Los inquietos pueblos de la península Balcánica han buscado expansión a costa del imperio otomano; los eslavos desean asomarse al Mediterráneo, empujando a las llanuras asiáticas a los usurpadores de la vetusta Bizancio.

Turquía, empujada a la lucha por Alemania, es víctima de las ambiciones de los grandes Estados europeos; víctima propiciatoria, contra ella concentran la energía potente de sus grandes escuadras.

Los Dardanelos forman un estrecho de 71 kilómetros de longitud y de 1.500 a 7.400 metros de anchura, que separan la península europea de Gallipoli de la costa asiática de Bigha. Están en la desembocadura del estrecho: Gallipoli en la costa europea y la aldea de Lampsakos en Asia; unen el estrecho los mares Egeo y Mármara; tiene varios bajos peligrosos y dos corrientes inversas, la superior hacia el Mediterráneo.

Ya en lejanos siglos las tierras de Gallipoli fueron teatro del marcial valor ateniense, en la célebre batalla de Egospotamos; en aguas del estrecho pelearon, en los comienzos de la edad moderna, navíos turcos y venecianos, luchas que se repitieron en el transcurso de los siglos. Rusos e ingleses forzaron ya los Dardanelos en distintas épocas, mas al hacerse la paz, en ambos casos quedó Constantinopla libre del pretendido yugo extraño y la Sublime Puerta recabó de las potencias que sólo los buques de guerra turcos pudieran surcar las aguas de los Dardanelos, como las del Bósforo, a excepción de los barcos ligeros al servicio de los embajadores de Constantinopla.

Fue siempre el Helesponto codiciada presa para los pueblos grandes. En 1462 Mohamed II levantó dos castillos en la entrada, en la orilla europea el de Sed-ul-Bahr y en la asiática el de Tschanak-Kalasi; en 1659 agregó el gran visir los de Kilid-Balu y Kum-Kalé, armados hoy, como aquéllos, con sinnúmero de cañones de grueso calibre.

En la parte más estrecha tienen los Dardanelos el fuerte Namazié, con las baterías Yeni-Medjidíe y Deyirmen-Bonrounón, en la orilla europea, y los fuertes de Kalé-i-Sultaniéh de Nágara, con las baterías de Anatoli-Medjidíe y de Hamidié, en la asiática.

En el cambio de dirección del canal, hacia el mar de Mármara, hay diversas baterías dispuestas en arco de círculo a lo largo de la concavidad de la costa europea.

El fuerte de Namazié y las baterías adyacentes, que están en costa baja, tienen la protección de modernos emplazamientos, que impiden también la



El Bósforo, visto desde Estambul, con la vía que segrega la navegación mercante rusa, forzado el paso de los Dardanelos

toma de revés, desde la península de Gallipoli, de las fortificaciones de la orilla europea.

El istmo lo cierran los tres fuertes de Bulair, cada uno con doce piezas de 15 centímetros y enlazados por trincheras y baterías intermedias.

Pasan de setenta las piezas, en su mayoría de gran calibre, que tienen los otomanos en sus fortificaciones del estrecho.

La entrada la defienden: la batería del cabo Helles, artillado con dos cañones de 23 centímetros; el fuerte de Suddul-Bahr, artillado con seis cañones de 25; el de Orkarich Dabia, con dos cañones de 25, y el fuerte de Kum-Kalovski, con cuatro cañones de 25 y dos de 14.

En los últimos días de Febrero, destruyeron las escuadras aliadas los cuatro fuertes de la entrada y avanzaron, en rastreo de minas, hasta más de ocho millas de la boca.

El 1.º de Marzo, los tres viejos acorazados ingleses, *Ocean*, *Triumph* y *Albión*, atacaron, destruyéndola, la batería del Farallón Blanco y el fuerte de Dardanus, avanzando milla y media más en el rastreo de minas.

Desde el golfo de Saros, bombardearon los barcos franceses los fuertes Sultan y Napoleón III, más próximos a la mar de los tres del istmo de Bulair.

El día 3, dentro del estrecho, tres acorazados ingleses, el *Canopus*, el *Swiftsure* y el *Cornwallis*, batieron las baterías de la costa europea, prosiguiendo en el rastreo de minas.

Siguió la lucha el 4, desembarcando tropas que desmantelaron Seddul-Bahr; el 5, el *Queen Elizabeth*, el *Inflexible* y el *Prince George* bombardearon, por tiro indirecto, desde la costa occidental, los fuertes del grupo de Kilid-Bahn, observando el tiro y señalando correcciones desde dentro del estrecho cuatro acorazados. El *Queen Elizabeth* llegó a hacer veintinueve disparos con sus cañones de 38,1. El *Saphire* destruyó en el golfo de Adramyste, en Asia Menor, una batería de campaña, y una escuadra de cruceros ingleses batió las defensas turcas del golfo de Esmirna.

No ha sido tan afortunada la acción de los barcos anglo-franceses en sus ataques de los días 18 y 19, pues aunque lograron reducir al silencio algunos fuertes turcos, fué a costa de varios acorazados, los franceses *Bouvet* y *Gaulois*, más otros dos buques de la misma clase británicos, cuyo nombre se desconoce.

Y la lucha continúa, lenta, mortífera, enérgica, tenaz, por la posesión de la bella ciudad que asienta sus viejos muros a orillas del Bósforo y que fué antaño emporio de civilización y de arte.

NAUTILUS

LA ESFERA

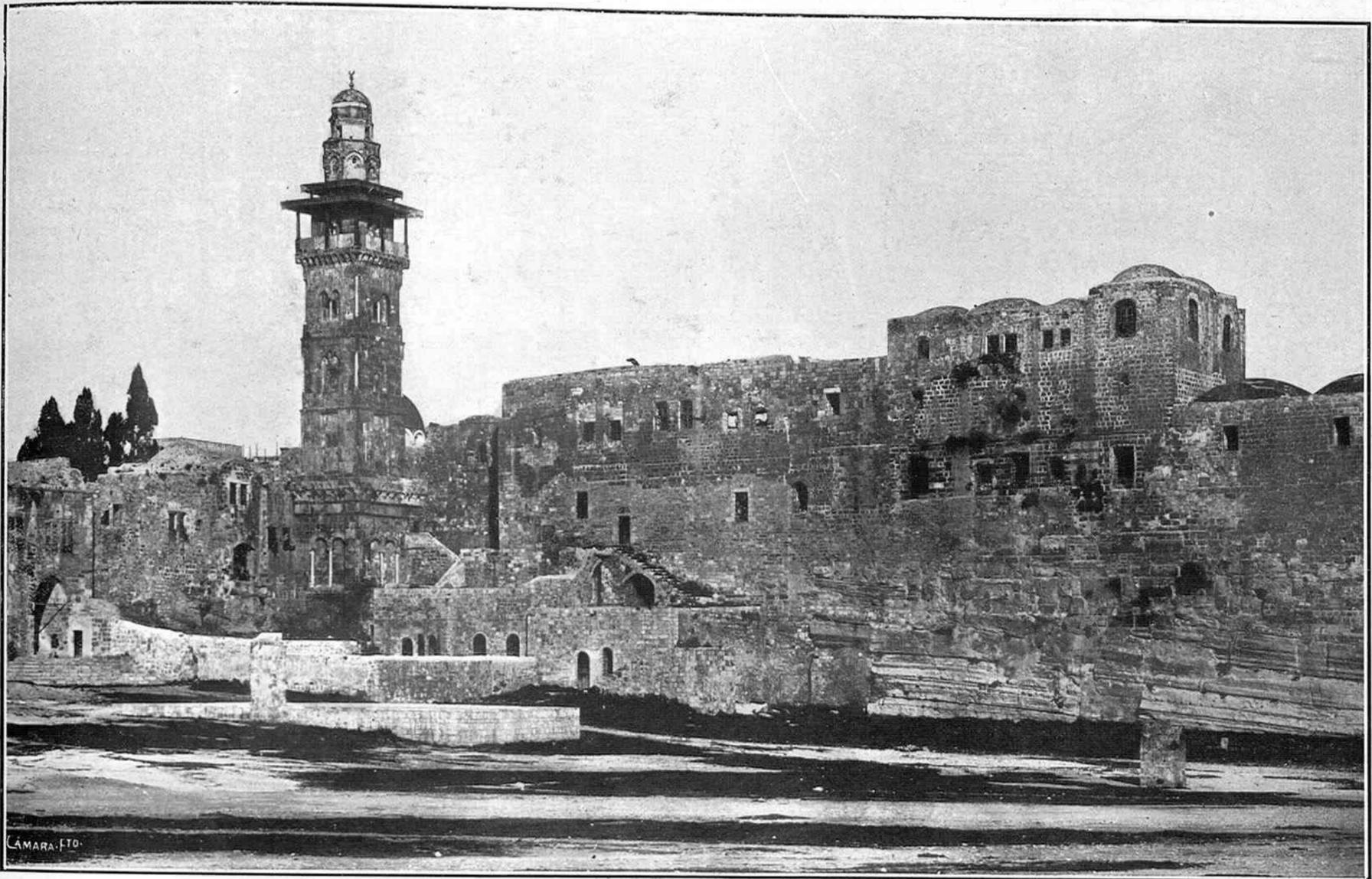
LAS JOYAS DE LA PINTURA



JESUCRISTO EN LA CRUZ

Cuadro de Jiménez Aranda, que se conserva en el Museo de Arte Moderno

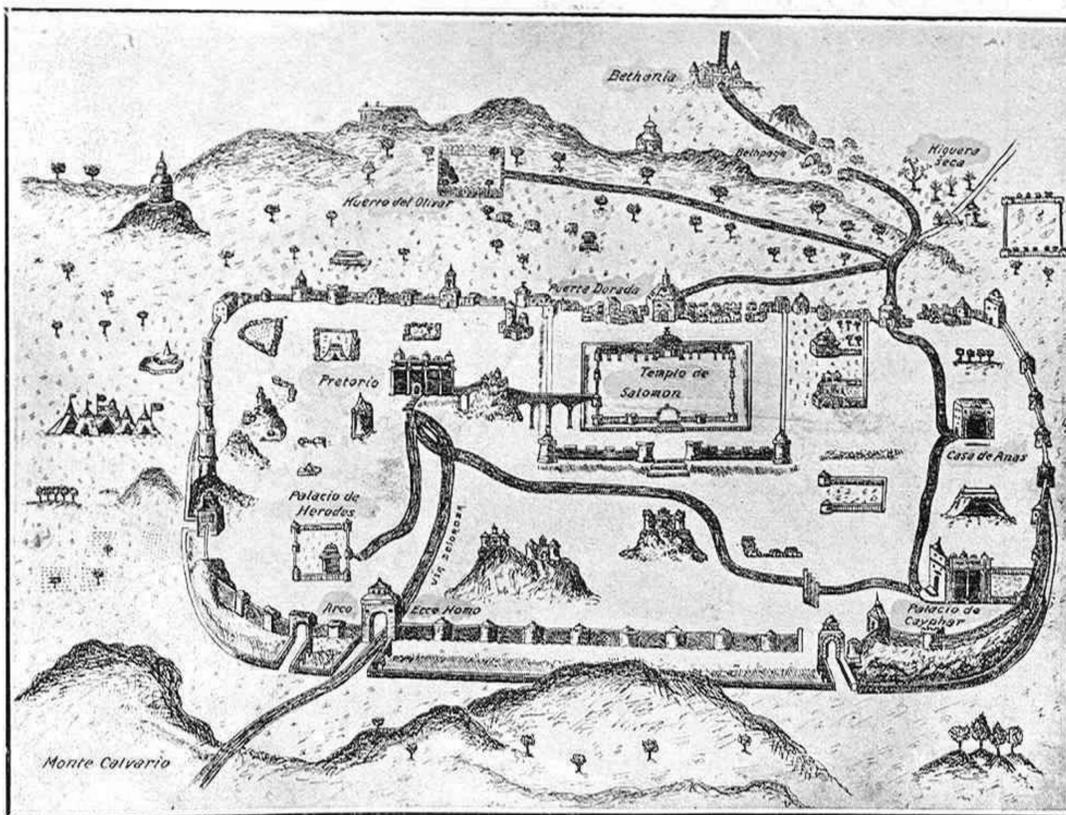
LAS PIEDRAS SAGRADAS DE JERUSALÉN



La torre Antonia y Palacio de Herodes, vistos desde la explanada del templo de Salomón

PEREGRINO ó viajero, te aliente la fe ó te impulse la curiosidad, seas quien fueres, lector, creyente fervoroso, indiferente ó escéptico, aprovecha estos minutos que la actualidad te ofrece y recorreremos la Vía Dolorosa. Ningún otro lugar puede estremecer tan hondamente el alma humana. En la calle de la Amargura, en unas horas de dolor, nace toda nuestra Edad. Fué allí donde se derrumbó toda la civilización pagana, allí donde la Humanidad tomó nuevos senderos y hoy que la cristiandad se conturba y parece venirse abajo la obra de veinte siglos, volvemos la vista hacia aquellos lugares donde, según San Juan, en aquel tiempo, salió Jesús con sus discípulos á la otra parte del arroyo de Cedrón, donde había un huerto, en el cual entró él y sus discípulos...

¡En aquel tiempo!... La guerra asoladora, cruel, fanática, ha derruido la Jerusalén que vieran los ojos de Cristo. Quedan las ruinas de la Torre Antonia, que fuera morada de los pontífices-reyes del pueblo de Israel, que fuera luego reedificada por Herodes; ruinas sobre las

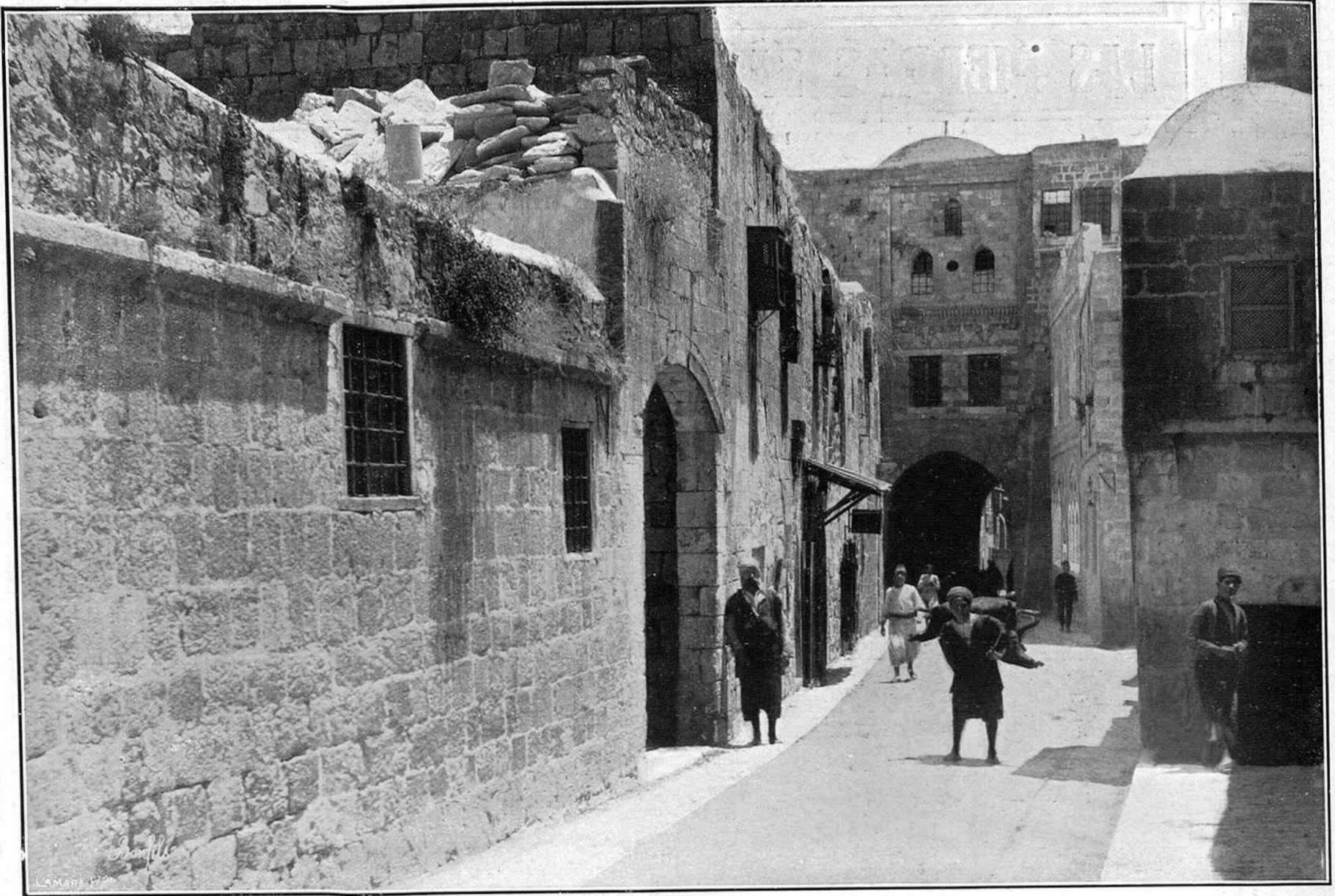


PLANO DE LA CIUDAD DE JERUSALÉN, EN TIEMPOS DE JESUCRISTO

En él se indica el camino de Betania al templo; el camino del Prendimiento de Cristo: desde el Huerto de las Olivas á las casas de Anás y de Caifás, al lugar del Pretorio y al Palacio de Herodes. También se ve el camino del Calvario que parte del Pretorio y atraviesa la Puerta Judiciaria, llegando á la cima del Gólgota

que Santa Sofía, cinco siglos después, alzara una grandiosa basílica. Sobre la piedra viva de una roca, á un costado del lugar donde Salomón edificara el Templo, se alzan aún los cimientos miliarios, los bloques de granito y de mármol ante los que han pasado tantas generaciones estremecidas de fe, de odios, de ira, de ceguera, de locura. Quedan piedras aún de la casa del mal rico, de la morada humilde de la Verónica, sillares del Pretorio, restos de los lugares que citan los evangelistas y en los que la tradición, la arqueología y la historia se hermanan y confiesan, probando la autenticidad de estas piedras sagradas.

Apenas los discípulos de Jesús comienzan su apostolado hacia Occidente, se desatan contra Jerusalén todos los fanatismos de las religiones vencidas por la nueva fe. Al cabo de cinco siglos los cristianos pueden volver á buscar los lugares que Cristo recorriera en su pasión, pero bien pronto, el año 615, caen sobre la tierra santa las hordas persas del rey Cósroes y arrasan la ciudad, cumplen aquella tre-

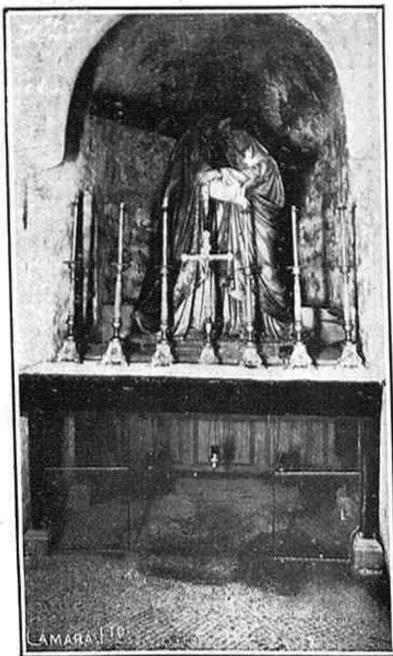


Ruinas de la casa del Mal Rico, cuarta estación del Via Crucis

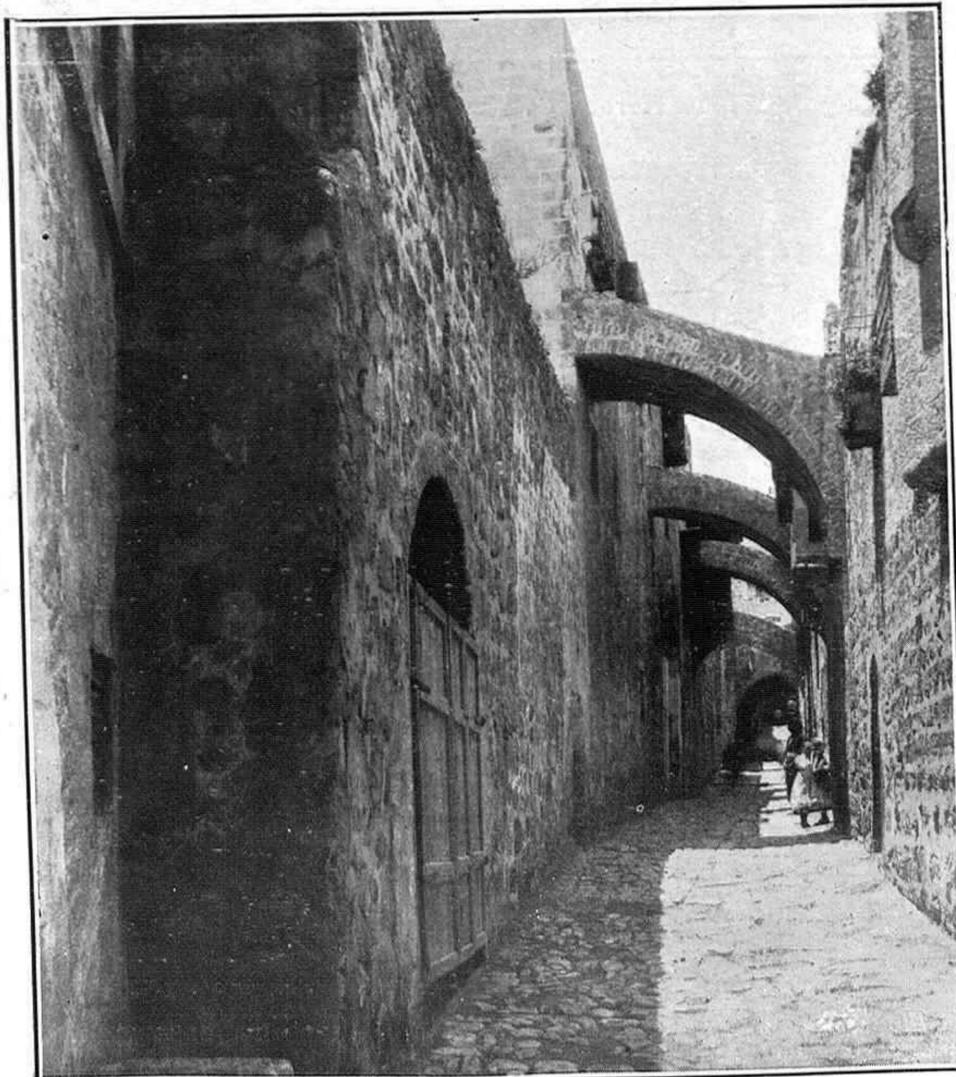
menda profecía que esparce por el mundo al pueblo hebreo, dejándolo sin patria. Veintitrés años después la invasión de Omar, al frente de las tribus árabes, concluye la obra de destrucción. Cuando los cruzados llegan, ya Jerusalén no conserva piedra sobre piedra. Las trágicas conminaciones de Isafas y Ezequiel resuenan, como una maldición, en la explanada donde se alzó el templo, donde resalta lló el látigo de Cristo contra los mercaderes; entre los muros derribados, entre las columnas

rotas, entre los escombros esparcidos...

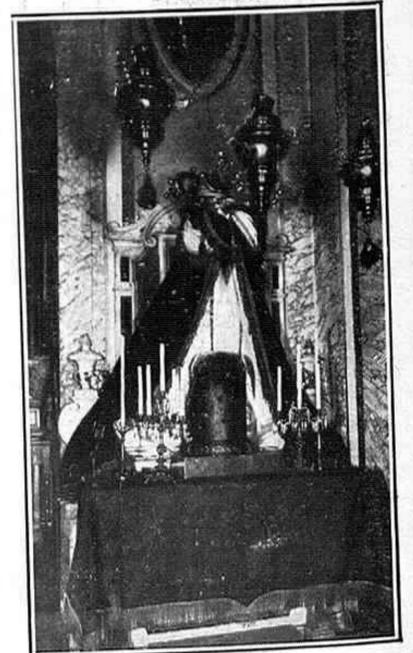
Han pasado veinte siglos. La larga dominación musulmana ha ido reconstruyendo pobremente la ciudad. La calle de la Amargura ya no existe. De su comienzo, donde quedan aun restos de la «piscina probática», parte hoy una nueva vía que termina donde terminaba la calle de la Amargura, en la «puerta judiciaria», dando frente al camino del Calvario, pero esta calle actual, llamada «Harat-el-halam», tiene un trazado distinto; está interrumpido



Sitio donde Jesús vio a su madre



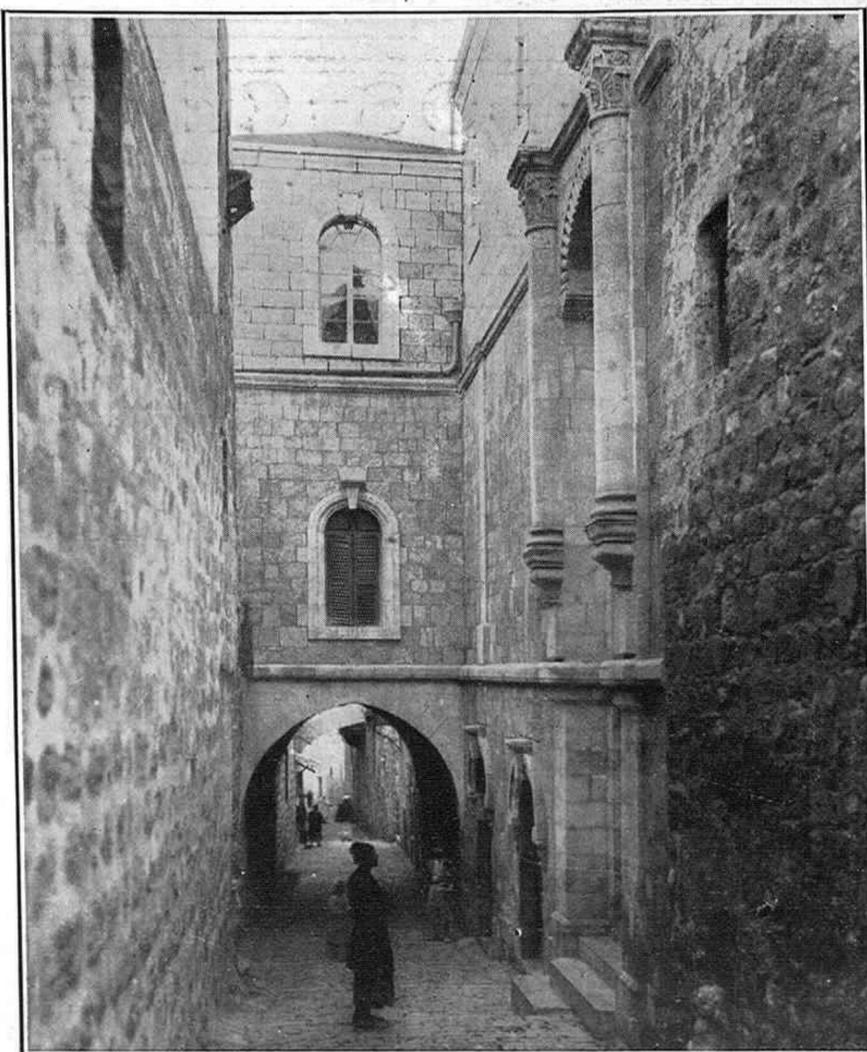
Sitio donde Jesús fue ayudado por el Cirineo, quinta estación del Via Crucis



Capilla de la flagelación



La Puerta Judicaria, séptima estación del Via Crucis



Sitio donde estuvo la Casa de la Verónica

pida y desviada por numerosas edificaciones. Aun así, pueden señalarse, con evidente verosimilitud, los lugares en que acontecieron los sucesos de la Pasión.

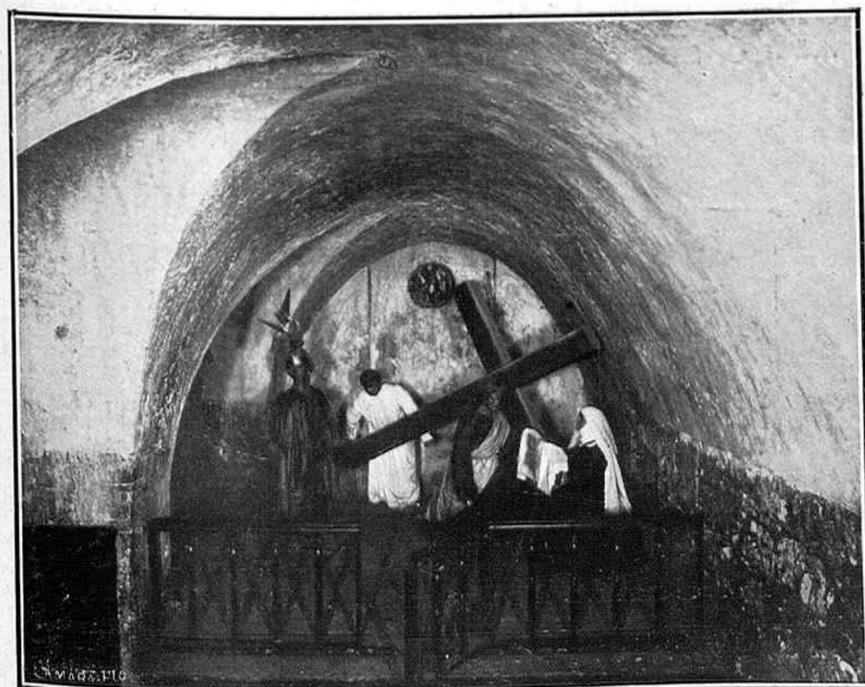
El Pretorio donde Pilatos interrogó á Cristo estaba en la Torre Antonia; hoy en aquel mismo lugar hay un vetusto cuartel ocupado por tropas turcas. En el sitio donde se coronó de espinas á Jesús hubo en el siglo XII una capilla cristiana; hoy, el sepulcro de un santón islamita. Donde se le hizo cargar con la cruz y donde fué flagelado, dentro del mismo palacio del Pretorio, son lugares que quedaron fuera del actual edificio cuartelario y allí los franciscanos han podido construir una capilla, que costó Maximiliano, duque de Baviera. Queda un resto de arco romano, que hoy cruza la calle, sostenido por las nuevas edificaciones, sobre el cual presentó Pilatos á Jesús al pueblo. Allí se dijeron aquellas eternas palabras: «Hé aquí al hombre», y ante

aquellas piedras la muchedumbre vociferó: «¡Crucifícale, crucifícale!» Más adelante, á unos trescientos metros, dos trozos de columna de granito rojo, señalan el lugar donde, bajo el peso de la cruz, cayó Cristo al suelo por primera vez. Un mosaico de los primeros tiempos del Cristianismo, anterior al siglo V, señala el sitio donde María encontró á su hijo, conducido al suplicio. La morada del Rico Avariento, de que habla San Lucas, conserva sus muros, carcomidos por el tiempo, y cerca hay restos del lugar que habitara Lázaro el mendigo, y allí fué donde el Cirineo encontró á Jesús y sintió compasión de él. A ochenta y cinco metros de aquí, supone la tradición que apareció aquella mujer, llamada Berenice, que los católicos conocen con el nombre de Verónica.

En el siglo V existía un antiguo oratorio que conservaba el nombre latino de «cubiculum» y allí señalado el lugar preciso donde fué Cristo

sometido á aquella pena infamante que Cicerón llamó *la mitad de la muerte*. En una carta topográfica de Jerusalén de principios del siglo XII, se indica con estas palabras: «Hic flagellatus est Ihesus». En la basílica del Santo Sepulcro queda un trozo de la columna de pórfido donde Cristo fué azotado...

¡Piedras sagradas de Jerusalén! La fe de millones de hombres no ha bastado para salvarlos. En vano la piedad cristiana ha alzado templos y santuarios que amparen de nuevas profanaciones los lugares donde la Fe vivió vida carnal. Allí, donde se predicó el amor y la fraternidad en las más sencillas palabras, donde la idea de la paz humana se diviniza, ha sido la guerra más cruel, más tenaz, más bárbara que en ningún otro lugar de la tierra. Y ahora mismo, en plena civilización, en que parecía que el ideal de la Paz ganaba todos los corazones, la guerra se acerca otra vez á los Santos Lugares. —D. P.



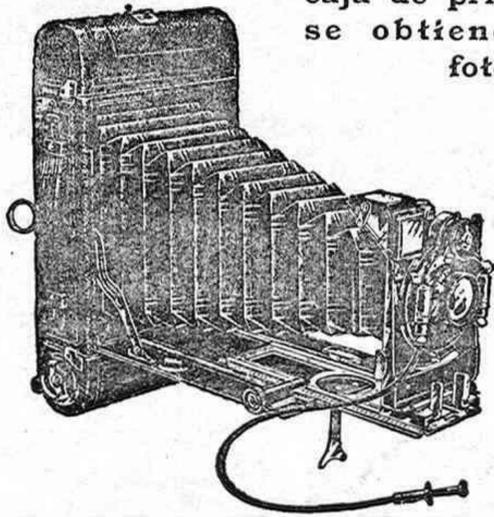
Capilla edificada en el solar donde estuvo la Casa de la Verónica



Capilla edificada en el sitio donde fué crucificado Jesús

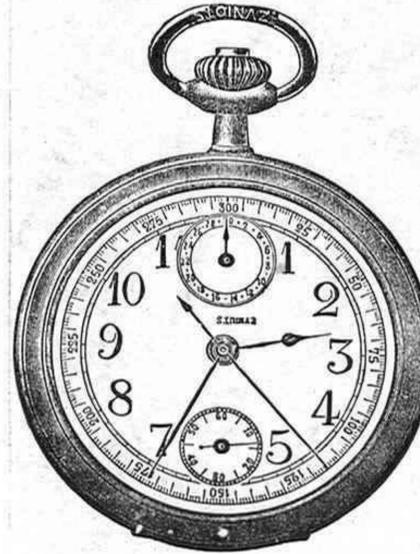
CON UNOS CÉNTIMOS AL DIA, SE PUEDE ADQUIRIR

"SUEÑO IDEAL" 9x12, PARA PLA-
CAS y PELÍCULAS
marca "ERNEMANN", y una
caja de prismas, con el que
se obtienen magníficas
fotografías



Pesetas 8,00
al mes,
en 24 meses;
al contado,
pesetas 163.20

LEPINE, ORO DE LEY
DE 18 QUILATES,
CUBETA DE ORO

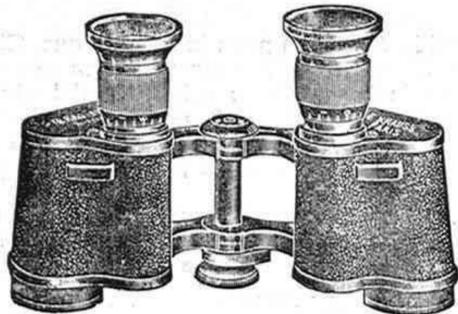


CRONÓGRAFO
CONTADOR,

Primera calidad,
esfera blanca,
... 19 líneas ...

Ptas. 18,75 al mes,
en 20 meses
AL CONTADO:
Ptas. 318,75

GEMELOS PRISMÁTICOS,
DIEZ VECES DE AUMENTO
MARCA "VALETTE", SERIE "LOICO"



CAMPO GRANDE,
AUMENTO GRANDE

VOLUMEN
REDUCIDO
GRAN POTENCIA
Y CLARIDAD

Ptas. 9,00 al mes, en 15 meses

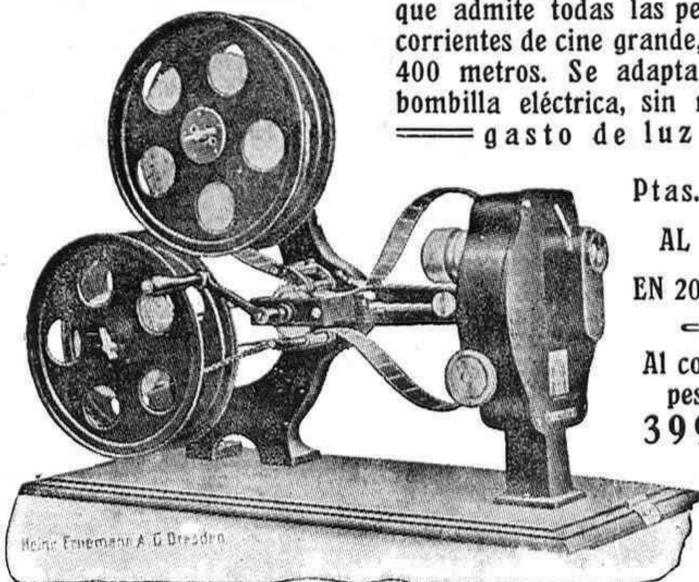
Bicicleta LA INGLESA, con neumáticos
HUTCHINSON



y dos frenos a las
llantas con rueda
libre. :: Llantas ni-
queladas, con filetes
en colores

Ptas. 12,25 al mes,
en 20 meses
AL CONTADO: Ptas. 208,25

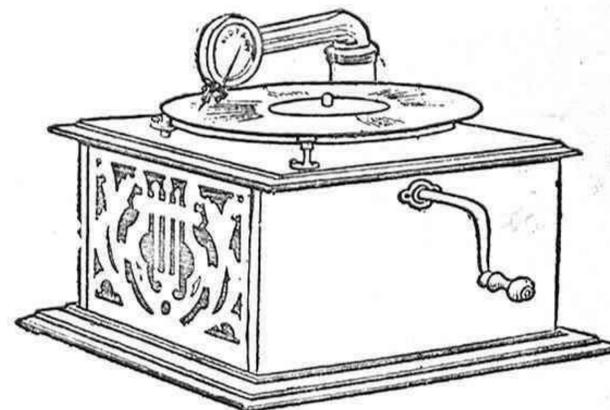
"KINOX ERNEMAN" CINEMATÓGRAFO
DE SALÓN



que admite todas las películas
corrientes de cine grande, hasta
400 metros. Se adapta a la
bombilla eléctrica, sin ningún
gasto de luz

Ptas. 23,50
AL MES,
EN 20 MESES
Al contado:
pesetas
399,50

Máquina parlante sin bocina, con
30 discos dobles, marca "Homokord",
..... ó sean 60 piezas á elegir



SONORIDAD
y
ELEGANCIA

Ptas 11,75 al mes, en 24 meses
Al contado: ptas. 239,70

PÍDASE CATÁLOGO ILUSTRADO Y CONDICIONES DEL OBJETO QUE SE DESEA, A LA CASA

S. LOINAZ y Comp.^a - Prim, 39, SAN SEBASTIAN

Y SE RECIBIRA GRATIS POR CORREO